

Walter Riso

La
fidelidad
es mucho más
que amor

(Jugando con fuego)

GRUPO
EDITORIAL
norma

LA FIDELIDAD ES MUCHO MÁS QUE AMOR

Walter Riso

GRUPO
EDITORIAL
norma

Bogotá, Barcelona, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Panamá, Quito, San José,
San Juan, Santiago de Chile, Santo Domingo.

La primera edición de este libro se publicó con el título *Jugando con fuego*
Amores clandestinos y otros enredos afectivos

Copyright © 2000 por Walter Riso.

Copyright © 2007 para América Latina
por Editorial Norma S.A.

Apartado aéreo 53550, Bogotá, Colombia.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro,
por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial.

Impreso por Cargraphics S.A. — Tecimpre S.A.

Edición, Patricia Torres

Corrección, Dora Bueno

Diseño de cubierta, María Clara Salazar

Diagramación, Julio Vanoy

Este libro se compuso en caracteres Bembo y Cantoria.

ISBN 978-958-04-9877-3

*Para Iris,
a quien es fácil serle fiel.*

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

¿Por qué somos infieles? 11

La infidelidad: un fenómeno difícil de doblegar 13

¿Qué es ser infiel? 18

1. La inadecuación de la ruptura: la deshonestidad 21

2. El “qué” de la ruptura: los pactos de exclusividad afectiva
y/o sexual 23

Los tipos de infidelidad: aventuras esporádicas vs.
relaciones estables (amantes) 28

El impacto de la infidelidad: sufrimiento y decepción 31

SOBRESTIMANDO EL AMOR 41

La mujer que se creía intocable y afectivamente incorruptible 43

Para tener en cuenta 50

BUSCANDO EL AMOR PERFECTO 57

El hombre que exigía una mujer diez 59

Para tener en cuenta 64

LA REVANCHA 69

**La mujer que decidió equilibrar fuerzas
y quedar mano a mano 71**

Para tener en cuenta 78

LOS LEGADOS FAMILIARES Y LA INFIDELIDAD COMPULSIVA 83

El hombre que sufría de infidelidad crónica 85

Para tener en cuenta 93

BUSCAR AFUERA LO QUE NO SE TIENE EN CASA 101

Tres parejas disparejas 103

1. "Necesito ser yo" 106
2. "Necesito a alguien con más energía y vitalidad" 110
3. "Necesito que me mimen y me consientan" 113

Para tener en cuenta 116

COMPRANDO AMOR Y ACEPTACIÓN 123

**La mujer que se vendía al mejor
postor afectivo 125**

Para tener en cuenta 133

LOS ASUNTOS INCONCLUSOS:

EL REGRESO DEL PRIMER AMOR 135

El hombre que quiso resucitar el primer amor 137

Para tener en cuenta 143

NUNCA ES TARDE PARA SER INFIEL 147

**“El demonio del mediodía” y “El síndrome
del nido vacío” 149**

Para tener en cuenta 154

EPÍLOGO

¿Es posible ser fiel? 159

INTRODUCCIÓN

¿POR QUÉ SOMOS INFIELES?

*El hombre es fuego, la mujer estopa,
y viene el viento y sopla.*

ANÓNIMO

LA INFIDELIDAD: UN FENÓMENO DIFÍCIL DE DOBLEGAR

La infidelidad parece ser un fenómeno universal. No importa la etnia, la educación o el tipo de religión que se profese, un fogoso diablillo interior empuja a millones de personas a engañar a su pareja.

A pesar de las variaciones, en la cultura norteamericana y la europea las encuestas encuentran que más del 50% de las personas son infieles. En los países latinos, como Colombia, los datos según Gallup alcanzaban el 30% a principios de los años noventa y el 50% en 1996. Una de dos: o vamos muy rápido en esto del engaño, o no fuimos tan sinceros la primera vez.

Según los expertos, es probable que exista una cifra “negra” de amores que se ocultan y guardan como secreto de confesión. Somos reacios a contar nuestras intimidades y más cuando son “pecaminosas”. Si los sacerdotes pudieran hacer públicas sus estadísticas sobre adulterio nos quedaríamos boquiabiertos. Los psicólogos clínicos, menos prudentes y más aficionados a la ciencia, afirman que el 70% de sus pacientes andan enreda-

dos en relaciones indebidas, y más del 40% de las consultas están motivadas, directa o indirectamente, por el tema de los amantes.

Si consideramos los resultados globales de Occidente y la evolución histórica de los mismos a partir de la década de los años veinte, es posible afirmar que el 60% de las personas fueron, son o serán infieles a sus medias naranjas.

El 40% restante, es decir, los que se “portan bien”, suelen practicar dos tipos de fidelidad positiva (la fidelidad negativa es la que está regida por el miedo, la obligación irracional o el interés económico o social). El primer tipo se produce bajo el sentimiento intenso, dramático y bioquímicamente exclusivista del enamoramiento. Cuando el afecto supera determinado umbral, no entra nadie. La relación se sella y los extraños sobran y empalagan. Hasta los más bellos especímenes son vistos como intrusos desprovistos de toda gracia. El cupo se llena automáticamente y no hay nada que pensar o decidir.

El segundo tipo de fidelidad no es tan espontáneo y primordial, sino producto de la razón. Aquí el primitivo sistema límbico, responsable de la emoción y la sexualidad, cede paso a la racionalidad de la corteza cerebral. Voluntad, esfuerzo, estoicismo, compromiso y principios

se entremezclan para crear una barrera “antiengaño”. Trabajo y autocontrol a discreción configuran el antídoto principal: “Usted me gusta demasiado... Me encanta, me fascina, me mueve el piso... Pero, precisamente por eso, debo alejarme... No me interesa hacer tambalear un proyecto de vida, la familia y los hijos... Lo que he logrado construir en mi vida es importante y quiero sostenerlo... Mejor me retiro... No es mi deseo poner en riesgo lo que amo y respeto”.

Si eres una persona fiel, ¿cuál de las dos alternativas practicas? ¿La que ocurre más naturalmente y cuyo mérito es la autenticidad/espontaneidad, o la que ocurre por convicción y templanza, y cuyo valor radica en el control consciente de la apetencia?

El 90% de la población mundial considera la fidelidad como un requisito imprescindible para que las relaciones de pareja se puedan desarrollar de manera sana. Hasta los sobrevivientes de los años sesenta, que pregonaban el sexo y el amor libre, hoy se retractan y condenan la falta de lealtad afectiva como un acto indigno y éticamente censurable: “La fidelidad no es negociable”. El repudio parece ser tajante: definitivamente no estamos de acuerdo con la mentira y la falsedad interpersonal. Pero como dice el refrán: “Del dicho al hecho hay mucho trecho”. En la práctica seguimos cultivando re-

laciones paralelas y deslizándonos de manera sigilosa por los extramuros de la pasión proscrita. Somos ambivalentes y de una evidente doble moral: una cosa es la monogamia teórica y otra, la empírica.

Pese a las buenas intenciones, las campañas reformadoras y los golpes de pecho, la generalidad de los humanos seguimos “fieles a la infidelidad”. Parecería que, cuando de pasión se trata, el corazón puede más que mil razones. Nadie está exento. Mucha gente no busca la aventura, la encuentra y sucumbe. No están preparados para enfrentarla porque nunca imaginaron que les podría pasar a ellos; como “el matrimonio es para toda la vida”, no se necesita estar alerta.

Desde los más estoicos y resistentes hasta los más ingenuos y puros, cualquiera puede tropezar. La historia está llena de Abelardos y San Agustines, “célibes ardientes”. Todos somos vulnerables. Todos nos debatimos entre la exclusividad y la variedad. Incluso las renombradas y estereotipadas diferencias de género se han estrechado de manera significativa. El primitivo paradigma del hombre diseminador incontrolable de genes (casi un violador) y la mujer recatada y sexualmente austera (casi una santa) ha dejado de existir. Una encuesta realizada en los Estados Unidos en la década de los años ochenta registraba que el 72% de los hombres casados habían cometi-

do adulterio en los últimos dos años, y que el 54% de las mujeres casadas habían tenido al menos una aventura amorosa. En estudios más recientes, ya pisando los años noventa, la infidelidad masculina desciende un poco (55%) y la femenina se le acerca de manera silenciosa (45%). En los países latinos, una de cada tres mujeres tiene relaciones clandestinas (no sabemos cuántas se quedan calladas).

En todas las culturas, desde la lejana Polinesia hasta la más atiborrada ciudad industrial, la infidelidad está presente de alguna manera. El engaño se cuela, muerde y lastima. No existe sociedad alguna donde el adulterio sea desconocido, ni método que lo haya extirpado de raíz. Muerte vil, torturas, decapitación, castración, rechazo social, sanción moral, excomunión, hoguera y amputaciones, no han podido frenar a los aventureros y aventureras del amor oculto. Como si la naturaleza pudiera más que los códigos culturales, la infidelidad no sólo va en aumento, sino que cada vez se presenta más temprano. Mientras que en la década de los cincuenta los hombres infieles se demoraban once años en tener un romance relativamente duradero, y las mujeres catorce, hoy tardamos menos de la mitad. Antes esperábamos la crisis de los cuarenta o el aburrimiento de los cincuenta para coquetearle al adulterio; hoy dejamos de ser fieles antes de los veinticinco años.

Así somos. Vivimos con la contradicción a cuestas y no tenemos la valentía de resolverla. Defendemos la estabilidad afectiva y exaltamos la fidelidad a boca llena, pero nos gustan los amores furtivos. Según algunos antropólogos, somos monogámicos de vocación e infieles por naturaleza.

Las historias de amor y desamor que se verán más adelante son verídicas y muestran el conflicto fundamental en el cual nos debatimos. *Queremos exclusividad, la demandamos, la exigimos, la buscamos, pero al mismo tiempo la violamos. Parecería que el ideal de todo hombre y mujer es tener una base afectiva/sexual segura (las ventajas del matrimonio y la familia son obvias), y otra no tan permanente y complementaria, pero altamente excitante: Pan y pedazo.*

¿Qué es ser infiel?

En la conceptualización de la conducta infiel intervienen infinitud de variables. Cada persona la percibe y define de una manera particular. La experiencia de haberla padecido en carne propia no es lo mismo que verla desde afuera. Cuando la infidelidad nos toca, ya sea como víctima o victimario, el impacto transforma y reestructura cualquier concepto anterior. Ver salir del motel a nuestra pareja abrazada con su amante, automáticamente nos convierte en expertos en el tema.

En verdad, si bien el relativismo cultural nos flexibiliza y nos abre la mente, no suele ser de mucha ayuda para el damnificado afectivo. Que los indios lesú de Nueva Irlanda, o los indios hidatsa de Dakota del Norte permitan y promuevan el adulterio, y que además no sientan celos, nos importa un rábano. Lo que pase en Tanzania, Nigeria o la Amazonia no apacigua el dolor del engaño. Simplemente, no somos así. A ninguno de nosotros nos gusta cargar el peso de los cuernos. Que haya distintas formas de ver las cosas en otras latitudes es interesante para las ciencias sociales, y tal vez pueda contribuir a derrumbar algunos de esos obtusos esquemas descabellados que tanto molestan, pero para quienes amamos y queremos ser amados de manera honesta, poco interesan los discursos transculturales.

Una joven mujer que había sido recientemente despachada por su marido, o mejor, “cambiada” por otra, me decía: “Lo que yo necesito ahora es salir de este caos emocional... Fui donde una psicóloga que me puso a leer cómo es el adulterio en otras culturas para que no me encerrara en mis creencias... Pero me importa un bledo... Mi problema no es de conocimiento, sino de despecho... Me siento destruida, indignada, decepcionada... Ésa es mi realidad... No me interesa lo que hagan los esquimales... Lo que quiero es vengarme de ese idiota”.

Conforme a ciertas personas, para que exista infidelidad debe haber contacto físico sexual, aunque no se llegue necesariamente al coito. La mayoría de los occidentales consideramos que no es necesario hacer el amor para cometer adulterio. Es decir, si los “encuentros cercanos del segundo tipo” (arrumacos, besos, caricias) o también del primero (simples conversaciones, tomar el té a horas extrañas, llamadas telefónicas inoportunas) ocurren a escondidas, o son ocultos o disimulados, configuran fraude. Verse con alguien a hurtadillas, así sea para leer Mafalda o Condorito, es suficiente para conformar un patrón sospechoso.

Otro grupo de individuos más ortodoxos sugieren que los “malos pensamientos” también deben tenerse en cuenta. Por ejemplo, si una joven recién casada comienza a fantasear con Antonio Banderas en un semáforo, o recuerda de manera “pícaro” a su primer amor cuando escucha una canción particular, estaría cometiendo “adulterio cognitivo” o virtual. En otra versión, si un esposo observara a una escultural mujer enfundada a presión en una minifalda y su imaginación volara en mil pedazos, también estaría faltando a su deber. Pensamiento, palabra y obra.

Infortunada o afortunadamente, al mundo privado no tiene acceso sino el “transgresor” de la norma. Enterarse

no siempre es bueno. Como en la película de Stanley Kubrick, *Ojos bien cerrados* (*Eyes Wide Shut*), por más liberado que uno pueda ser o parecer, saber que la pareja tiene fantasías sexuales no confesadas puede producir una severa crisis de inseguridad. El pensamiento que subyace a la reacción puede ser como sigue: “Compartir las fantasías juntos me gusta y es sano, pero que las experimente sin tenerme en cuenta es una forma de exclusión infiel”. A veces es mejor no husmear, “cerrar bien los ojos” y taparse los oídos.

A sabiendas de la dificultad que pueden acarrear las definiciones, consideraré la infidelidad (la nuestra, occidental) como: *la ruptura inadecuada (deshonesta, oculta, traicionera o engañosa) de un pacto o acuerdo (tácito o explícito) afectivo y/o sexual preestablecido (generalmente de exclusividad).*

Pasaré a detallar dos aspectos centrales de esta descripción.

1. La inadecuación de la ruptura: la deshonestidad

La infidelidad siempre implica algún tipo de “estafa” afectiva/sexual. La honestidad después del engaño no significa fidelidad. Llegar a las tres de la mañana, embardunado en perfume de mujer, con lápiz labial hasta la coronilla, profundamente arrepentido y suplicando per-

dón, no excluye la falta. Claro está que si el amor es suficiente, el reconocimiento descarnado de haber obrado mal limpia un poco la cosa y hasta hace posible una segunda oportunidad.

Para algunos, la honestidad es la base del acuerdo. Es decir, lo que no se admite es la mentira, aunque la verdad duela. Por ejemplo, Frida Kahlo aceptaba, así fuera con dolor, los deslices de Diego Rivera, y viceversa. Había un pacto de sinceridad sin exclusividad sexual. Además, “la paloma” Kahlo intentaba ser consecuente con sus premisas ideológicas de izquierda. Pero el cataclismo ocurrió cuando el robusto artista se enredó con la hermana menor de la pintora (Cristina) y, obviamente, lo ocultó. Rivera había mentido. Había faltado al convenio. Ella se separó indignada, pero como padecía de adicción afectiva, volvió. Tal como decía uno de los personajes de Ángeles Mastretta en su libro *Mujeres de ojos grandes*: “Se enamoró como se enamoran siempre las mujeres inteligentes: como una idiota”.

La mayoría de los pactos pueden romperse, cambiarse, revisarse o reestructurarse. Lo importante es la forma de hacerlo, la transparencia. Una separación matrimonial motivada por una vida infeliz y sin sentido, donde el amor y el respeto se acabaron, es más aconsejable que conseguir un amante o empezar a sumar aventuras.

Otros compromisos son irrompibles. El famoso “Hasta que la muerte nos separe” no da opción. En este caso, la honestidad no exonera ningún tipo de comportamiento que se oponga a la exclusividad, así sea antes del traspie. De todas maneras, cuando la verdad está a flor de piel y los canales de comunicación están abiertos, en la mayoría de las relaciones la probabilidad de establecer romances solapados disminuye.

2. El “qué” de la ruptura: los pactos de exclusividad afectiva y/o sexual

La fidelidad depende del tipo de acuerdos previamente establecidos

El adulterio debe enmarcarse en el tipo de compromiso (por ejemplo, exclusividad afectiva/sexual para siempre, monogamia serial, matrimonio abierto o semiabierto) que ha establecido la pareja. El asunto parece claro: cuando los pactos se cumplen, hay fidelidad. Cuando no se cumplen, hay trampa.

Sin embargo, ¿qué ocurre si no hay acuerdo restrictivo? ¿Dónde queda la traición si no hay franquicia que respetar? Gala patrocina directamente las extravagancias sexuales de Dalí y le suministraba, de *común acuerdo*, los amigos o amigas para que él (“mi niño”, como le

decía) llevara a cabo sus fantasías eróticas. Si no había convenio de exclusividad o limitaciones sexuales, cabe la pregunta: ¿Dalí le era infiel a Gala?

Es menos frecuente hallar un pacto matrimonial donde la exclusividad sea al revés: sexual, pero no afectiva. Solamente los sujetos celosos parecen actuar de este modo. Su pensamiento es como sigue: “No me importa que me quieras, sino que no te acuestes con nadie”. El pun-donor en estos casos es evitar sentir lo que expresaba Elizabeth Bowen en su libro *La casa en París*: “Los celos no son otra cosa que sentirse solo entre enemigos que se sonríen”. Dicho de otra forma: “No me interesa que me quieras, sino que no te burles de mí a mis espaldas, y con una bruja más joven y bonita”. Aquí la cuestión no es de amor al otro, sino de amor propio.

En los grupos poligámicos, la infidelidad ocurre cuando el dueño del harén tiene relaciones con alguna mujer distinta a sus esposas, porque el arreglo es con sus cónyuges (aunque sean muchas) y nada más que con ellas. El pacto, aunque suene extraño, parece ser de “exclusividad grupal”.

Los reyes de Francia hacían alarde de todo un menú de amantes y concubinas que debían ser aceptadas, según la costumbre, por las respectivas reinas. Tal como lo demuestra la historia de los Enriques y especialmente la

de los Luises, las reinas debían resignarse a la incómoda tradición de compartir el palacio con las concubinas o irse. Diana de Poitiers, madame de Montespan, madame de Pompadour y madame du Barry son sólo algunos ejemplos de las cortesanas que ejercieron mayor poder político que las mismas soberanas.

Muchas abuelas toleraban, con una naturalidad pasmosa, las fechorías de los insaciables abuelos: “Los hombres son así”, solían decir, sin una gota de resentimiento. A ninguna de ellas se le hubiera ocurrido separarse por semejante bobada. Más aún, las leyes eran claras en esa época: el Código Penal colombiano de 1936 (apenas reformado en 1980) reconocía como legítima defensa del honor que un hombre matara a su hermana, esposa o hija, y al acompañante, si habían cometido adulterio. Pero el mismo principio no se aplicaba al varón. En España, hasta 1963 los crímenes por adulterio eran castigados con el destierro.

En otras legislaciones, como por ejemplo en la islámica, que sanciona la infidelidad femenina, el artículo 104 establece la pena de lapidación para la mujer adúltera, que muere apedreada después de ser enterrada hasta el torso. En la recordada película *Divorcio a la italiana*, Marcelo Mastroianni patrocina, promueve y alienta a un hombre para que se haga amante de su mujer. La idea era encon-

trarlos in fraganti, matarlos y cobrar la herencia sin tener que ir a la cárcel. El crimen pasional perfecto.

Otros acuerdos exceden la capacidad humana. Bajo el efecto arrebatador del amor romántico, dos jóvenes adolescentes habían hecho un pacto de sangre que consistía en no salir solos ni hablar con nadie del sexo opuesto, si el otro no estaba presente. Obviamente, la sensación de asfixia y limitación no demoró en llegar. Casi cualquier conducta heterosocial se había convertido en inadecuada o causante de infidelidad. La norma era: “No verás ni hablarás con nadie del sexo opuesto”.

Debemos aceptar que existe cierta relatividad en esto. Cada cual establece sus propios acuerdos. Los más estrictos son “para siempre” y sin malos pensamientos, y los más laxos están constituidos por relaciones abiertas de cuerpo y mente.

El fracaso de los experimentos afectivo/sexuales abiertos

Llama la atención que la mayoría de los experimentos para eliminar la exclusividad, y por ende la infidelidad, parecen haber fracasado. Tarde que temprano el fantasma de la suspicacia o el gusto interpersonal hace su aparición.

Por ejemplo, Simone de Beauvoir y Sartre intentaron practicar el existencialismo independiente, libre y sin ata-

duras (un pacto sexual sin límites), pero con el tiempo ablandaron la posición e introdujeron la noción de compromiso y el respeto a los terceros excluidos. En otro caso, cuando Bertrand Russel inició un idilio con lady Ottoline Morrell entró en franca contradicción con sus ideales de libertad sexual y personal (recordemos *Matrimonio y moral*). Movidamente por el entusiasmo típico del amante, Russel le exigió a Morrell que no se acostara con el esposo, a lo cual ella se negó de manera rotunda. Pese a los reiterados ataques de celos del gran pensador y filósofo, Ottoline decidió estar sexualmente con ambos, y así lo hizo por años. Le fue fiel a Russel a su manera, ya que rechazó todo tipo de admiradores. Parece evidente que cuando el amor pica, las quimeras de independencia absoluta se desmoronan y la inexorable necesidad de exclusividad sale a relucir, así sea por un tiempo.

Los arreglos de convivencia sexual compartida, o los matrimonios grupales, tampoco parecen haber solucionado el problema. En casi todas las experiencias abiertas llamadas comunitarias, como por ejemplo Oneida (un ensayo religioso-político que se llevó a cabo hacia 1880) y los *swinger* (intercambiadores crónicos de parejas), se crearon parejas clandestinas, a pesar de los estrictos reglamentos anticelos y de los castigos impuestos a las expresiones afectivas.

Siempre hay alguien que nos atrae más. La empatía invariablemente suele señalar a una persona más que a otra y, aunque esté prohibido, empezamos a enamorarnos. Tarde o temprano la simpatía tira para otro lado y no para el que debería. Por ejemplo, pese a la alharaca machista, en la mayoría de las sociedades donde la poligamia está permitida sólo entre el 5 y el 10% de los hombres tienen más de una esposa. Y de este grupo, todos muestran alguna predilección especial: “la preferida”. En los occidentales monogámicos este fenómeno es conocido como “la novia oficial”, la que por definición se opone a “la amiga”, que sólo es un pasatiempo y un desfogue pasajero.

La búsqueda de la exclusividad amorosa parece estar inmersa en lo más profundo de nuestro pasado arquetípico, y a veces es tan fuerte como la búsqueda desenfrenada de la diversidad. Como decía Margaret Mead: “No importa cuántas comunidades inventen, la familia siempre vuelve a infiltrarse”.

Los tipos de infidelidad: aventuras esporádicas vs. relaciones estables (amantes)

Mientras el 40% de los hombres prefieren las aventuras de un día, sólo el 2% de las mujeres aceptan este tipo de

infidelidad “ultrarrápida”. El engaño femenino suele exigir algo más que simple sexo, ésa es la razón por la cual el 80% de los embelecos femeninos ocurren con conocidos o amigos: el afecto arrastra al erotismo. Independiente del sexo, la mayoría de las aventuras que comienzan con gente cercana (colegas, compañeros de ocio, secretarias, vecinos, amigas) terminan convirtiéndose en una especie de telenovela tormentosa. Cuando se asciende (o desciende) a la categoría de amantes, el universo entero tiembla.

Estamos de acuerdo en que si hay “rompimiento traicionero” de lo pactado, hay infidelidad. En eso no hay discusión. Uno no puede ser “un poco” infiel o “casi” fiel. La ruptura del acuerdo se da o no se da. No obstante, parece que la gente considera que aunque haya adulterio no es lo mismo una aventura aislada sin vínculo emocional (una noche, unos días), que una relación “seria” y estable (meses, años).

Un señor que amaba profundamente a su esposa descubrió que ella había tenido una aventura sexual con el jefe. Luego de una fiesta de oficina, la mujer había aceptado ir al apartamento del hombre y ahí había amanecido. El percance adquirió dimensiones inusitadas porque al ver que no llegaba (¡se había quedado dormida!) intervinieron la policía, los hijos, los suegros, los padres, los

vecinos. En fin, la hecatombe fue total y vox populi. Ante la desesperación de los familiares, uno de los asistentes a la celebración no tuvo más remedio que contar lo que había pasado. Cuando el marido y algunos familiares llegaron al apartamento, la pescaron semidesnuda, pasmada y con las manos en la masa.

En la terapia de pareja, a la cual asistieron con la rapidez que demandaba la situación, se planteó un dilema fundamental: ¿Hay diferencia entre la locura de una noche (fugaz, irrepetible, desordenada) y la relación de amantes (constante, repetida y pensada)? ¿Tienen el mismo carácter traicionero? ¿Lo eventual y aislado merece igual sanción que lo permanente y estable? Por decirlo de alguna manera, ¿no sería más comprensible o “perdonable” la aventura esporádica? En el caso que estoy señalando, la respuesta a estas preguntas fueron benévolas para la relación. Se llegó a la conclusión de que, aunque ella había sido evidentemente infiel, existían ciertos atenuantes que iban desde un anterior abandono afectivo del marido hasta el consumo de alcohol (la droga nubla todo esbozo de consciencia). Se decidió intentar de nuevo. El señor dejó establecido que jamás aceptaría la reincidencia, y ambos coincidieron que por ningún motivo perdonarían la infidelidad de un amante permanente: borrrón y cuenta nueva.

Aunque en algunos apartados de este libro se analizará el tema de las aventuras, ya que son el caldo de cultivo donde puede prosperar la maraña afectiva de la doble vida, el presente texto está orientado principalmente a aquellas relaciones donde se ha configurado un vínculo estable con “el otro” o “la otra”; es decir, la *relación de amantes*, que es la más fuerte de las estafas sentimentales y la que mayores secuelas psicológicas conlleva.

No estoy disculpando la aventura casual, sino marcando una diferencia fundamental en la manera de ser infiel. Una relación extramatrimonial sostenida y reiterada implica, necesariamente, premeditación y alevosía. El incendio está fuera de control y arrasa con todo lo que se atraviesa en el camino. La problemática principal es que el incendiario, sabiendo las consecuencias y pudiendo controlar el siniestro, le echa más leña al fuego.

Si tenemos en cuenta que la duración promedio de una relación de amantes fluctúa entre uno o dos años, es fácil imaginar los desastres, las desventuras y los desmanes que pueden ocurrir en tanto tiempo.

El impacto de la infidelidad: sufrimiento y decepción

La infidelidad es una de las principales causas de separación y de violencia intrafamiliar. A nivel psicológico,

muy pocos eventos estresantes generan tantas y tan variadas repercusiones negativas. Marido, mujer, hijos, amigos, familiares, amado y concubina, amada y galán, todos se ven afectados y entran en el revolcón.

Cuando el que es víctima del engaño lo descubre, recorre casi toda la gama de emociones: depresión, resentimiento, ira, hostilidad, ansiedad, decepción, venganza, envidia, asombro, incredulidad, sorpresa, aislamiento, frustración y una baja fulminante en la autoestima. Y cuando no se da por enterado, la sospecha empieza a molestar: “Algo ocurre”, “Cada vez está más distante”, “Está llegando tarde”, “Me habla menos”, y así. Una frialdad sutil, lenta e implacable, se va apoderando de la relación hasta congelarla. La infidelidad, aunque no se ve, se siente.

Contrariamente a lo que manda el sentido común, los responsables del adulterio también sufren. No hay felicidad completa. De un lado, culpa y arrepentimiento, pánico a ser descubierto, tensión, indecisión y brotes de autocastigo. Del otro, goce mayúsculo, felicidad desbordante, atracción por lo clandestino y un enamoramiento que los transporta al más allá. Este “sube y baja” cotidiano entre el gusto y el disgusto, la alegría y la tristeza, los encuentros y las lejanías, los escapes y los regresos, más la presión que genera un conflicto en apariencia irresoluble, rápidamente va minando la estabilidad emocional del

que engaña. Ésta es la razón por la cual muchos sujetos infieles sienten alivio al ser descubiertos: “Menos mal, la vida decidió por mí”, “¡Gracias a Dios, se acabó!” o “Aunque me duela, es lo mejor para todos”. Dejar un amor prohibido es el sosiego del dolor, con dolor.

Al anterior panorama de conmoción afectiva hay que agregar el desajuste de aquellos amantes que esperan ilusionados la separación (o en algunos casos la viudez) de su eterno enamorado o enamorada. Me refiero al otro polo, al vértice del triángulo. A los que viven la angustia interminable de un amor inconcluso esperando completarse. La insoportable sensación de que siempre faltan cinco centavos para el peso.

El juego de la infidelidad no es fácil de jugar. Las reglas son complejas y potencialmente nocivas. Y tal como lo demuestra la psicología clínica, cuando se sale de las manos no queda títere con cabeza.

La pérdida de la confianza básica

La certeza de estar con alguien confiable es fundamental para establecer cualquier vínculo interpersonal saludable. Para poder entregarnos verdaderamente y construir una buena relación de pareja, los humanos necesitamos un tono emocional seguro. Si no obtenemos esa garantía primaria, el amor comienza a patinar. A esta sensa-

ción de sosiego y tranquilidad afectiva la llamamos *confianza básica*, y sólo se puede alcanzar cuando se cumplen estos cuatro criterios fundamentales:

- a. Estarás ahí cuando te necesite.
- b. Me protegerás cuando sea necesario hacerlo.
- c. Serás sincero en lo fundamental.
- d. Nunca, y bajo ninguna circunstancia, me harás daño intencionalmente.

Un compromiso de lealtad afectiva gira alrededor de estos elementos, los cuales suelen ser tácitos, no negociables y ni siquiera discutibles. Cuatro “sí”, en vez de uno. Cuando alguno de ellos no se cumple, estamos “durmiendo con el enemigo”.

Si un amigo me pide guardar un secreto importante, y yo, luego de asumir el compromiso, lo divulgo solapada y marrulleramente, ¿qué pasaría con la amistad? ¿Qué harías tú en su lugar? ¿Seguirías siendo mi amigo o amiga? Puede que accedas a darme otra oportunidad, pero tal vez ya no sería lo mismo. ¿No se habría resquebrajado algo en tu interior? ¿Volverías a creer en mí? ¿Tendría nuevamente tu voto de confianza? Difícil, ¿verdad? Cuando la persona amada nos decepciona, la consecuencia parece inevitable y natural: un rayón en el disco duro y una alteración en la confianza básica.

No se puede traicionar de manera indolora. Si violamos el compromiso fundamental, aunque le agreguemos arandelas, música, disculpas y defensas, lastimamos. Probablemente nos autoengañemos y pensemos que con una buena dosis de anestesia el choque hubiese sido menor o que simplemente “se lo merecía”, pero a la hora de la verdad, cuando rompemos un acuerdo esencial de manera indebida, fallamos también con nosotros mismos.

Hay un modo adecuado para hacer y deshacer. Siempre es posible hallar una forma amistosa de alejarse, si eso es realmente lo que debe hacerse. Muchas veces, la supuesta valentía que se atribuye a los amantes no es más que inconsciencia o pasión desbocada.

Recuerdo el caso de una señora que abandonó, sin pena ni gloria, a sus pequeños hijos y al esposo (ni el mejor ni el peor marido del mundo) por un “nuevo amor” de hacía seis meses. El acto de desertión fue catalogado por sus amigas cercanas como de “gran coraje” y altamente justificado debido a lo pernicioso de la relación matrimonial (en realidad, era más aburrida que dañina). Como suele ocurrir en muchos de estos casos, al cumplir siete meses de convivencia el ímpetu de la atrevida mujer comenzó a decaer. El impulso irresistible a vivir un romance extremo se fue desvaneciendo (la in-

evitable extinción del enamoramiento), y el “amado” comenzó a parecersele demasiado al padre de sus hijos, pero sin los niños y sin bienes gananciales. Luego de ochocientos mea culpa, debates, analistas y conversaciones con asesores espirituales, decidió regresar a casa y asumir el matrimonio con decoro y algo de resignación. Sin embargo, cuando todo estaba listo para el triunfal retorno, un detalle inesperado frustró los preparativos: el ex marido se había enamorado de una joven arquitecta (no tan “intrépida”, pero mucho más confiable y menos inmadura). Adiós reconciliación.

Nunca se debe perder el sentido práctico. Si antes de actuar el individuo predispuesto a crear enredos afectivos pensara un momento en los alcances de su determinación, habría más sensatez. Además, tal como ocurrió en el caso anterior, los que se dejan llevar ciegamente por las “locas pasiones” se exponen a un demoledor efecto bumerán: cuando intentan regresar, a veces no hay con quién.

El dilema de la fidelidad: factores de riesgo y protección

Evidentemente podemos disminuir las probabilidades de ser infieles. Pero como muchas cosas en la vida, además de querer hay que poder, y para poder hay que preparar-

se, modificar ciertos esquemas, eliminar otros y construir nuevas perspectivas sobre lo que es la vida de pareja. Algunos quieren hacerlo, otros no.

Si en verdad somos infieles por naturaleza, habría que someter, doblegar, controlar, sublimar, trascender o simplemente prevenir la tendencia. En otras palabras, si el deseo es mantenerse fiel a la pareja, hay que trabajar en ello desde el amor.

En la fidelidad intervienen infinidad de variables. El peso de cada una de ellas dependerá de la historia personal, el compromiso asumido, la intensidad del amor, las estrategias de resolución de problemas que se utilicen, la comunicación, los rasgos de personalidad; en fin, las causas son imposibles de determinar en su totalidad. Lo importante es que ninguna de ellas, por sí sola, es capaz de aislar totalmente la relación y bajar la probabilidad a cero. La posibilidad siempre existe.

Ni siquiera los dos factores de protección más reconocidos y socialmente ponderados, como la fuerza del cariño (amor) y el poder de la convicción (compromiso), son suficientes para eliminar de cuajo la infidelidad. El primero declina con el tiempo, y el segundo casi siempre tiene precio.

En los siguientes capítulos se mostrarán algunas de las

causas más comunes del comportamiento infiel. Cada historia, cada caso presentado, refleja las distintas razones y vivencias personales de los que han decidido entrar en el juego del engaño afectivo. No se presentarán fórmulas mágicas ni recetas. Tampoco habrá guías específicas, técnicas o procedimientos estandarizados para actuar en uno u otro sentido. Sólo algunas consideraciones para tener en cuenta y reflexionar. Cada quien deberá sacar sus propias conclusiones.

El primer capítulo, *Sobrestimando el amor: cuando Cupido ataca por la espalda*, hace referencia a la sobrevaloración del amor y a cómo esta creencia puede desencadenar y mantener la infidelidad muy a pesar nuestro.

El segundo capítulo, *Buscando el amor perfecto*, muestra cómo las utopías afectivas pueden disparar la infidelidad en cadena, especialmente el sueño de la mujer perfecta.

El tercero, *La revancha*, se refiere a la sed de venganza como uno de los factores más frecuentes de la infidelidad.

El cuarto capítulo, *Los legados familiares y la infidelidad compulsiva*, está dedicado a los legados familiares y a otros aspectos que determinan la infidelidad reiterada y muchas veces compulsiva.

El quinto, *Buscar afuera lo que no se tiene en casa*, se ocupa de las parejas disfuncionales y la tendencia generalizada a llenar el vacío con personas ajenas a la relación.

El sexto capítulo, *Comprando amor y aceptación*, describe la relación entre promiscuidad y necesidad de amor.

El séptimo, *Los asuntos inconclusos: el regreso del primer amor*, analiza las relaciones que existen entre la reaparición de un amor inconcluso (por lo general el “primer amor”) y el adulterio.

Por último, el octavo capítulo, *Nunca es tarde para ser infiel*, señala qué ocurre cuando las personas ven que los años pasan y sienten que no deben desaprovechar la última oportunidad de volver a ser infieles, o de serlo por primera vez.

SOBRESTIMANDO EL AMOR: CUANDO CUPIDO ATACA POR LA ESPALDA

*Abre bien los ojos antes de casarte y manténlos
entreabiertos después de que te cases.*

THOMAS FULLER

*El amor es como el fuego;
suelen ver antes el humo los que están fuera,
que las llamas los que están dentro.*

JACINTO BENAVENTE

LA MUJER QUE SE CREÍA INTOCABLE Y AFECTIVAMENTE INCORRUPTIBLE

Cuando Alicia asistió a mi consulta por primera vez, llegó con nueve kilos menos, una expresión de fatiga crónica, ojeras, depresión y la reaparición de un viejo acné que la mortificaba intensamente.

Tenía 32 años, dos hijos pequeños, una profesión que no ejercía, un marido que la amaba sinceramente y un amante desde hacía un año y medio. Si bien no trabajaba, gran parte de su tiempo lo destinaba a colaborar como instructora de un reconocido grupo religioso que ayudaba a personas con dificultades de pareja. De hecho, los demás veían su matrimonio como un modelo a seguir, y a ella como una abanderada de la moral y las buenas costumbres. Las amigas y allegados la consideraban una excelente consejera, objetiva y acertada. Si alguien tenía un problema, Alicia era la mejor elección.

Sin embargo, muy a su pesar, la inteligencia y perspicacia no habían sido suficientes para defenderla de un temible e irresistible invasor. Cupido la había atacado por la espalda. Pese a sus férreos principios, un amor inexplicable, ilógico y fuera de lugar, había encontrado

asidero en su corazón. La ética que tanto pregonaba estaba por el suelo, y ella también. Para colmo, contra todo pronóstico y en franca contradicción con sus creencias, el remordimiento no siempre se hallaba presente. Cuando hacía el amor con su amante, la normatividad se hacía añicos y ella ardía con una fuerza incontenible. El olor (principalmente el olor), el calor de los abrazos y los besos de ese hombre podían más que su aprendizaje. La piel podía más que los valores. La conclusión era sorprendente: el amor se había descarriado, o mejor, bifurcado. Un error del destino, de la naturaleza o vaya a saber de quién; una anomalía en su pronosticada vida de mujer honesta. Duelo, pesar y placer, todo junto y revuelto.

En las conversaciones que tuve con ella, su lado racional trataba de encontrar explicaciones de lo que le estaba ocurriendo: “¿Cómo puede ser que una mujer hecha y derecha como yo, segura de sí misma y vocera de la lealtad, caiga en las redes de un amor “prohibido”? ¿Cómo es posible que esto me haya pasado a mí? Aunque sea difícil de creer, amo a mi esposo, pero también lo quiero a él... ¿Qué ocurrió conmigo?... Hubiese puesto las manos sobre el fuego por mi conducta... Ahora hago cosas que realmente me hacen sentir muy mal... Es como si quisiera que los dos hombres se fundieran en uno... Doctor, ¿cómo se cura esto?” Sin respuesta.

Nadie está exento. Muchos lectores podrían argumentar que los principios morales y el sentimiento de esta mujer hacia su cónyuge no eran lo suficientemente sólidos, porque de serlo se hubiera mantenido limpia de toda traición. Pero la cosa no es tan fácil. En mi práctica profesional he visto cómo se derrumban los más representativos baluartes de la virtud en aras de un amor a destiempo. Si dejamos una rendija, el amor se puede deslizar silenciosamente y echar raíces. ¿Cómo había penetrado sus defensas este “caballo de Troya” afectivo?

La primera vez que lo vio fue en el ascensor. Simplemente se saludaron y luego se despidieron. Curiosamente, ella retuvo la imagen de aquel rostro durante varias horas, como cuando uno mira el sol de frente y el brillo sigue reflejado en la retina. No le dio importancia. Dejó pasar la cosa. “Qué ridículo... No sé por qué sigo pensando en ese tipo...Yo sí soy boba...”, se dijo a sí misma, y mandó el mensaje a la papelera de reciclaje. Pero no se recicló.

La segunda vez, no podía encender el automóvil y él, especialmente amable, la ayudó a prenderlo. Ella iba al banco, él venía de trotar. Alicia había sido una gran deportista y aún se sentía atraída por todo aquello que tuviera que ver con el ejercicio físico. Su esposo era sedentario. Le preguntó por qué no estaba trabajando y él

contestó que vendía antigüedades, un negocio de familia que no requería de presencia permanente. Fue cuando supo que se llamaba Pablo y tenía 33 años. Mientras se alejaba, se quedó pensado en cómo estaba vestido: todo de azul. Lo recorrió de punta a punta. Le llamó la atención que se acordara de cada uno de los detalles. “No pensé que tuviera tan buena memoria”, se repitió en voz baja.

El tercer encuentro fue algo más próximo. Alicia organizó el cumpleaños de su hijo menor y, obviamente, los pequeños vecinos estaban invitados. Pablo asistió con una de sus hijas (la esposa es una importante ejecutiva de tiempo completo, de ésas que nunca tienen tiempo). En el transcurso de la tarde ambos alcanzaron a cruzar algunas palabras y algo de información personal. Las madres asistentes elogiaron sus habilidades como padre, y las más audaces le coquetearon. En realidad, el hombre no estaba nada mal. Cuando le preguntaron si le parecía atractivo, Alicia no se dio por aludida: “¿Sí?... No me había fijado”. Más tarde, después del ajetreo, repasó cada uno de los intercambios que había tenido con Pablo durante la reunión. Esa noche retomó la vieja y casi olvidada costumbre de dormir abrazada a su marido.

La cuarta aproximación fue psicológicamente más intensa. Luego de una reunión de la junta administradora

del edificio, Pablo invitó a los asistentes a su casa para tomar unos tragos. Alicia y su marido fueron los únicos que aceptaron. En la visita tuvo oportunidad de conocer parte del mundo privado de Pablo, y no le disgustó. Le agradaron los bonsái que cuidadosamente cultivaba y le fascinó que tocara el piano y cantara. Esa noche sus miradas se cruzaron, se treparon y se estrellaron en el más cómplice de los silencios. Al amanecer, Alicia despertó bañada en sudor y con una extraña sensación de zozobra. Su ropa interior estaba empapada y la flacidez de su cuerpo la enfrentó a lo increíble: ¡había tenido un orgasmo mientras dormía! Un sueño erótico donde el protagonista principal no era su compañero de lecho. La impresión fue tal, que corrió a confesarse.

El punto cero, la iniciación “formal” de la relación de amantes, ocurrió el día del Amor y la Amistad. Fue cuando Pablo la invitó al apartamento para entregarle un regalo singular y muy personal: una canción compuesta especialmente para ella, “Tan cerca y tan lejos”. El remate de la conquista no se hizo esperar. Hipnotizada, medio enamorada y cansada de resistirse, se entregó a la fascinación perturbadora de aquella nueva experiencia. Sudó, jadeó, mordió, besó y gritó como nunca lo había hecho. Había tocado el rostro de una pasión que sobrepasaba todo dogma. Así comenzó el idilio y ahí permanecería, atra-

pada en la madeja del deseo, fiel a su amante e infiel a su esposo.

Al cabo de un año, la relación se había vuelto insostenible. Su marido exigía más cercanía y había comenzado a celarla. La esposa de Pablo le pedía consejos sobre cómo mejorar su aporreado matrimonio, porque sospechaba que había otra mujer. Como es casi imposible mantener oculta tanta energía, las malas lenguas comenzaban a soltar el veneno del chisme. Ya no daba conferencias ni participaba en los encuentros matrimoniales (su desfachatez no daba para tanto) y cada vez le quedaban menos amigas.

En ese año, todos intentaron separarse más de treinta veces: ella de su esposo, él de su mujer, ella de él y él de ella. Dos triángulos unidos por la base. Los viajes de fin de año, la Navidad y las vacaciones eran los momentos en que más se agudizaban las peleas y las tentativas de ruptura. Pero nada cambiaba. Nadie daba el primer paso.

A la hora de escribir este texto, la vida de Alicia sigue transitando por los vericuetos de una doble vida y una doble moral. No es capaz de soportar la pérdida de ninguno de sus polos afectivos. De un lado están los hijos, el matrimonio, las creencias religiosas, el marido, la adecuación social y su tranquilidad interior, y del otro, Pa-

blo al desnudo. Una balanza de platillos perfectamente equilibrada e insoportablemente quieta.

Aunque su estructura mental estaba organizada y entrenada para ser fiel, no estaba preparada para los imponderables. Sus ideas sobre la infidelidad mostraban tres distorsiones básicas: (a) magnificación del amor y de las convicciones ético-religiosas como factor protector (“El amor todo lo puede” y “Mi compromiso es eterno”); (b) sobrestimación de sus capacidades de autocontrol (“Nada me hará retroceder”), y (c) como consecuencia de los anteriores, una baja en la vigilancia y la atención sobre eventos potencialmente peligrosos para su determinación (por ejemplo, hombres atractivos/tiernos/amables).

Detrás de su aparente seguridad, había una mujer frágil que no se conocía a sí misma. La parálisis de Alicia podría durar años o toda la vida. Recuerdo un caso similar, en el que una agobiada mujer tuvo que irse a vivir a otro país para dejar al amante. Al cabo de cinco años volvió, y lo primero que hizo al bajar del avión fue llamar al ex. A los quince días, otra vez estaban juntos.

En los conflictos, cualquier toma de decisión implica perder algo. Los individuos valientes se arriesgan más e inclinan la balanza para un lado o para el otro. Los temerosos se la pasan moviendo el fiel para que la aparente estabilidad no se rompa. Quizá la integridad no sea sólo

cuestión de moral, sino de congruencia interior: pensar, actuar y sentir para un mismo lado.

Definitivamente, algunas vacunas requieren refuerzos. Alicia se confió demasiado, bajó la guardia, dejó la puerta entreabierta y, como dice el refrán, “Saltó la liebre”.

Para tener en cuenta

El amor de pareja no es tan poderoso. El mito romántico ha creado y alimentado la idea de un antídoto natural contra el germen de la infidelidad, pero no es más que ilusión. El amor interpersonal no posee ese don, porque entre otras muchas limitaciones, tiende a decaer. Tolstoi, exagerando un poco, afirmaba: “Decir que uno puede amar a una persona por toda una vida es como declarar que una vela puede mantenerse prendida mientras dure su existencia”. Al amor hay que ayudarlo, alimentarlo, cuidarlo y, muchas veces, regañarlo. Dadas ciertas condiciones especiales y bajo estricta vigilancia, es posible hacer que la vela siga encendida. Pero al menor descuido, la llama se puede debilitar y más tarde apagar.

Los “enamorados del amor” siempre han existido. Por ejemplo, Victor Hugo, al igual que Alicia, creía ciegamente en las facultades inmunológicas del amor. Su argumento era categórico y también “encendido”: “El amor es de la misma esencia del alma humana. Como ella, es

una chispa incorruptible, indivisible e inmortal. Es un fuego que llevamos dentro y que nada puede sofocar ni apagar". La llamarada llegaba hasta Dios. Conflagración, candela cósmica y fanatismo.

Dante era más propenso a la astrofísica: "El amor mueve el Sol y las demás estrellas", y Hesíodo, más inclinado a la construcción: "El amor es el arquitecto del universo". Parecería que el amor, además de ceguera, produce un tipo especial de delirio místico. ¿De qué amor habla esta gente? ¿Del que vivimos a diario con nuestras parejas, o de algún tipo de ensoñamiento extraterrestre? Cualquier hombre o mujer que tenga una relación estable sabe que no existe tal.

Otros defensores, menos poéticos y más naturalistas, han recurrido a la etología para exaltar las facultades innatas del amor. Se habla de la "dignidad del elefante", la "nobleza de los lobos", la "integridad de las ballenas" y la "fidelidad de los pájaros". Sin embargo, los biólogos parecen desmentir esta empalagosa "humanización". La mayor refutación se ha encontrado en el caso de las aves. Si bien es cierto que el 90% de ellas viven en pareja, la fidelidad no parece ser la regla. El caso más sonado es el de los *mirlos de alas rojas*, cuyas relaciones sexuales están regidas por algo similar a la poligamia: un macho con muchas hembras. Los investigadores realizaron vasecto-

mías y exámenes de ADN a cada dueño del harén, y los pusieron a copular y a establecer nidos con sus “respectivas” en época de apareamiento. Lo sorprendente ocurrió cuando muchas de las hembras colocaron huevos. Al comparar la sangre de los pichones con la del supuesto “padre”, el engaño quedó al descubierto: ¡la paternidad era de otro! Las tiernas y dulces “avecillas” habían sostenido romances con mirlos de otros territorios. Infidelidades similares han sido encontradas en más de cien especies de pájaros y, obviamente, en humanos.

En marzo de 1992, el equipo de genética molecular del Hospital de la Santa Creu i Sant Pau de Barcelona, al estudiar la incidencia de enfermedades hereditarias en humanos, halló un dato indirecto sorprendente: el 7% de los padres legales no eran los biológicos. Otras investigaciones realizadas en países occidentales han encontrado que hay entre un 5 y un 30% de hijos extramatrimoniales de cuya existencia no sabe el padre biológico, pero cuya procedencia posiblemente sí es conocida por la madre.

La supuesta monogamia de ciertos animales también merece revisarse. Los famosos zorros colorados y los petirrojos orientales, ejemplos de exclusividad afectiva, solamente andan juntos mientras haya que cuidar y proteger a la descendencia. Cuando los cachorros o los pi-

chones se bastan a sí mismos, cada cual toma su rumbo y aliós. Por su parte, los elefantes, tan admirados y respetados, tienen un arreglo muy especial. Las hembras prefieren vivir con otras hembras y visitar de vez en cuando al señor elefante. Un matrimonio viviendo lejos, pero estando cerca y a disposición: el sueño de muchos humanos. Solamente el 3% de los mamíferos son monogámicos permanentes.

No pretendo negar el amor, sino quitarle el halo mágico que lo envuelve. Desnudarlo y mirarlo sin tanta prótesis. Desmitificarlo no es acabarlo, sino reubicarlo en una dimensión más racional. Si lo pontificamos seremos víctimas de la superstición y el fetichismo sentimental. En la película ganadora del festival de Cannes, *Contra viento y marea*, la protagonista ama profundamente a su marido, el cual sufre un accidente y queda cuadripléjico. En aquel momento, el esposo le hace una propuesta "indecente": como no puede tener relaciones sexuales debido a su enfermedad, le sugiere que ella las tenga, con la condición de que le cuente los pormenores. Le asegura que cada fantasía cumplida será como darle un sentido a su vida, una forma de mantenerse vivo. La sugestionable mujer emprende entonces un peregrinaje de experiencias sexuales para salvar a su amado. Cada relación extramatrimonial es comentada con

lujo de detalles, para alimentar la existencia del hombre. Un día, estando con dos depravados marineros en un navío, se siente incapaz de continuar y escapa aterrorizada. Pero al llegar al hospital encuentra que su marido ha entrado en coma. Profundamente afectada y creyéndose responsable por la recaída, decide volver al barco, donde la golpean hasta matarla. El final es fantástico: ¡de buenas a primeras, el hombre comienza a caminar! Ella muere y él resucita. Al mismo tiempo, en el cielo hay una forma de aparición que no se hace visible al espectador y la cámara muestra los rostros extasiados de los habitantes de la isla mirando hacia arriba, mientras redoblan las campanas.

La cinta cuestiona el concepto tradicional de la fidelidad. ¿Ella le era infiel? ¿Había engaño? Sin embargo, al mismo tiempo la película peca por ingenua y exageradamente optimista: “El amor es todopoderoso”. Un Lázaro en pleno siglo veinte, empujado por el milagro de una pasión sin fronteras. Sin lugar a dudas, vendemos un concepto irreal del amor de pareja.

Insisto: el amor es condición necesaria, pero no suficiente para ser fiel. La fidelidad también es una *decisión*. Un acto de la voluntad que exige *atención despierta* y *capacidad de discriminación* para mantenerse alejado de lo que teóricamente no queremos hacer. La sobrestimación

del sentimiento amoroso inhibe y desactiva las habilidades de autocontrol necesarias para mantener la tentación a distancia; sencillamente, las declara en desuso.

En el tema de las relaciones afectivas nadie se puede dormir sobre los laureles. A nuestro alrededor anda sigilosamente un Cupido rebelde y travieso que espera el momento oportuno para flechar la parte oculta del corazón. Ese lado no consciente y asustador que no conocemos, el lugar donde reposa la mitad de todo el amor que poseemos, y que muy pocas veces nos atrevemos a utilizar.

BUSCANDO EL AMOR PERFECTO

*Todo hombre ama a dos mujeres:
la que su imaginación ha ideado,
y la todavía no nacida.*

JALIL GIBRÁN

*Quien se sienta en el fondo de un pozo
a contemplar el cielo, lo encontrará pequeño.*

HAN YU

EL HOMBRE QUE EXIGÍA UNA MUJER DIEZ

A sus 39 años, Santiago era lo que podría llamarse un solterón. No llegó a mi consulta por iniciativa propia sino porque una de sus novias le pidió, o mejor, le suplicó, que pidiera ayuda profesional. Era un hombre alto, bien parecido, algo cortante, desconfiado, inteligente, educado y económicamente próspero. Mostraba esa extraña combinación que fascina a las mujeres con instinto suicida.

Había estudiado ingeniería, pero estaba dedicado a las finanzas y desde hacía quince años dirigía la sucursal principal de una importante empresa. Su filosofía de vida giraba alrededor de la excelencia. Ordenado, autoexigente y quisquilloso, nunca se pasaba de la raya ni la pisaba. No llegaba tarde, pagaba por anticipado, no contraía deudas, no decía malas palabras y jamás perdía la compostura. Una extraña mezcla de alemán de la posguerra, inglés clásico y cirujano plástico.

Sin embargo, esta aparente pulcritud comportamental estaba lejos de configurar un estilo santurrón. Santiago no tenía un pelo de tonto, de nerd o de cándido. Le

encantaban las mujeres, las emociones fuertes, las juergas y practicaba activamente el sexo. Aunque no tenía muchos amigos, las amigas le sobraban. Las había ido acumulando a lo largo de la vida y cumplían la función de soporte social en aquellos momentos de ocio cuando la soledad se volvía irritante.

Cuando le pregunté por qué no se había casado, contestó: “No me hable de eso... Ha sido mi mayor dolor de cabeza... Es muy difícil dar con alguien que valga la pena”. En los últimos siete años había tenido veintidós novias “formales” y un montón de aventuras intrascendentes.

Aceptaba el matrimonio como institución, quería tener hijos y todo lo demás, pero según él, había que pensarlo muy bien: “En esto uno no se puede equivocar... Es una decisión que se debe tomar con la cabeza fría y los pies en la tierra... Aquí no puede haber errores ni reversa”. Para Santiago, casarse significaba entregarle la mitad de la vida a una desconocida. La unión conyugal no era percibida como la alianza entre dos sujetos independientes, sino como una asociación molecular donde cada uno desaparecía en el otro: la creación de un Frankenstein afectivo. Esta tétrica visión del vínculo nupcial lo colocaba a la defensiva durante las veinticuatro horas. Debía estar totalmente seguro de que la fusión amorosa no resultara dañina a sus intereses. Por tal razón,

la espontaneidad natural y fluida que debería acompañar cualquier aproximación empática, se convertía para Santiago en una responsabilidad agobiante y extenuante: “No puedo equivocarme”.

De este modo, cada mujer era sometida al más minucioso escrutinio. En el término de dos o tres meses la novia de turno era literalmente invadida en su privacidad. Familia, conocidos, historia personal, enfermedades, gustos, creencias y aspiraciones, todo era revisado y rigurosamente esculcado. Mente y cuerpo, interiores y exteriores. Con la exactitud de un anatomista, cada detalle era disecado, sopesado y examinado a la luz de sus necesidades.

De más está decir que todo este proceso evaluativo pasaba totalmente inadvertido por las aspirantes, las cuales no se daban por enteradas, ni siquiera después del repentino y fulminante adiós que solía llegarles como un baldado de agua fría. Un día cualquiera, sin aviso ni “preaviso”, se acababan las visitas, ya no pasaba al teléfono y desaparecía del mapa, como si nunca hubiera existido.

Además de lo anterior, cada ruptura estaba mediada por una táctica adicional muy particular: no se desprendía de un noviazgo si no tenía otro a la mano. La condición era que la última conquista siempre debía poseer el

atributo del que carecía su precursora. Su *modus operandi* era avanzar sigilosamente por saltos, sobreponiendo una nueva relación a la anterior hasta acabar con la más vieja. La infidelidad era la estrategia que le permitía preparar el terreno para no quedarse en el aire durante la transición. Las redes de su implacable seducción estaban todo el tiempo tendidas, por si alguna mejor candidata, en algún sentido importante para él, aparecía. Conclusión: a todas les había sido infiel.

La causa del “despido” podía ser prácticamente cualquier cosa que le pareciera inadecuada o no negociable. En cierta ocasión, después de casi dos meses de relación, en un momento de rabia la novia levantó la voz y lo regañó. Nunca había pasado antes. Eso produjo en él una reacción totalmente desproporcionada. Comenzó a indagar los por qué, los cómo, los cuándo y los dónde de la “falta de respeto”. Se dedicó sistemáticamente a confrontar y martirizar a la transgresora mediante la manipulación directa de la culpa: “Nadie me había faltado al respeto antes”, “Debes consultar con un especialista”, “Tu conducta no es normal”, “Si me quisieras, no me hubieras tratado así” o “Estoy muy mal desde aquella vez”. En fin, los intentos de reparación y las reiteradas disculpas por parte de ella no surtieron ningún efecto. Mientras tanto, el interés se había dirigido a un sector

menos contestatario: “mujeres sumisas y respetuosas”. El reemplazo no tardó en llegar: una muchacha quince años menor que él, abnegada y totalmente obediente, ocupó su lugar.

En otra oportunidad terminó abruptamente la relación porque su futura consorte no sabía comer bien (hacía “ruido” cuando tragaba). La cambió por una más refinada, pero al poco tiempo le pareció demasiado encopetada. Una vez, estando en la playa, la nueva amiga se puso una tanga y no se tapó con la toalla. Esto fue visto por él como una seria falta de pudor y casi de inmediato consiguió su reemplazo: una joven más recatada, pulcra, aséptica y repleta de valores. A los dos meses y medio se aburrió y la relevó de su cargo por una menos mojugata.

Otras causas de profundo desengaño fueron el tamaño de los senos, el color de los ojos, la estatura, el lenguaje ordinario de la que sería su suegra, el mal gusto para vestirse, las piernas gordas, las piernas flacas, muy lanzada en la cama, muy fría en la cama, negarse a comprarle palomitas de maíz en el cine, ser mala cocinera, muchos novios anteriores, pocos novios anteriores, no devolverle un libro el día indicado, y así.

Santiago dejó todas sus relaciones empezadas. Pese a la intención de acercarse al lado positivo, una y otra vez

se empantanaba en lo negativo. Por ver el árbol no veía el bosque. Como decía Gibrán: “Los hombres incapaces de perdonar a las mujeres sus leves defectos, nunca conocerán sus grandes virtudes”.

Después de unas vacaciones de diciembre me llamó para despedirse porque la empresa lo había trasladado a Nueva Zelanda. A los cuatro meses recibí una postal donde relataba haber conocido a una francesa que parecía reunir, al fin, los requisitos esperados. Nunca más supe de él. Es probable que la franchuta haya sido reemplazada por otra más “anglosajona” y que aún deambule por la realidad virtual de sus deseos tratando de alcanzar lo imposible. El pronóstico de los perfeccionistas afectivos como Santiago es poco halagador. De manera similar a los protagonistas de la obra de Samuel Beckett, *Esperando a Godot*, quien es muy exigente en el amor, se pasa la vida aguardando a un personaje que no llega jamás y que ni siquiera sabe si existe.

Para tener en cuenta

La extrema exigencia y la consecuente infidelidad que manifestaba Santiago eran producto de una creencia errónea: *existe el amor perfecto y podemos acceder a él mediante la persona correcta (certeza afectiva)*. Por desgracia, las almas

gemelas son un invento de los astrólogos: empecinarnos en hallarlas nos aleja de la gente de carne y hueso.

No hay un cóncavo-convexo preestablecido. Los acoples innatos que predicen las canciones románticas son bellísimas utopías, deliciosas de escuchar y ampliamente recomendadas para las instancias de despecho crónico, pero peligrosas a la hora de fabricar sueños. Las superficies de contacto interpersonal deben pulirse bastante para lograr una buena compenetración. No vienen listas de fábrica.

Si creemos que existe una persona a la medida de nuestras necesidades, nunca podremos afianzarnos en los compromisos afectivos que hemos asumido, porque todo el tiempo estaremos esperando algo mejor, y con seguridad siempre habrá alguien que supere la prueba. No digo que tengamos que resignarnos y soportar con estoicismo a quien nos haga infeliz, lo cual sería el otro extremo, sino que debemos manejar cierta flexibilidad y darnos una oportunidad para la convivencia. La insatisfacción es la prima hermana de la infidelidad.

Muchos hombres y mujeres confían en su “ojo clínico” y descartan de entrada las opciones afectivas que se les presentan. A simple vista, y confiados en una intuición de principiante, excluyen posibilidades como si se

tratara de la compra y venta de acciones. Pero tal como lo ha demostrado la experiencia, muchos casos de “amor a primera vista” no son más que el resultado de una miopía galopante. No niego la existencia de la “química” personal, pero no podemos descartar que un alto porcentaje de la población se termina enamorando del que menos le gustaba o de la menos atractiva. Debe haber algún “click” mental que cuando se dispara nos hace mirar lo que no queríamos o no podíamos ver. Un relámpago antes del incendio. Muchas parejas bien establecidas arrancaron siendo los mejores amigos, casi “hermanitos”, hasta que practicaron el incesto no congénito.

Los que están pendientes de las supermodelos y las que suspiran por los adonis están fuera de foco. Es mejor bajar la puntería. Como yo veo la cosa, los “normales” ofrecen más garantías. No hay que estar espantando la competencia, no son narcisistas (por lo tanto les gusta dar además de recibir) y tienden a ser más fieles (recordemos que “la ocasión hace al ladrón”).

La gente “bien casada”, los felices y contentos, los que no se cambiarían por nadie, están emparejados con gente común y corriente. Calvos, panzones, rechonchas, antipáticos, poco agraciadas, desgarrados, arrugadas, achaparrados y narizones conforman la legión de “buenos partidos” del mundo real e imperfecto que nos toca asumir.

Cuando amanecemos “entrepierdados”, con tortícolis mañanera y ternura acumulada, la mujer o el varón que se tiene al lado resulta ser la mejor opción en cien mil kilómetros a la redonda. Nos importan poco las proporciones. Como en “La noche de los feos”, el cuento de Benedetti, de caricia en caricia, el amor nos va llevando más allá de los defectos.

No se puede amar una lista de ventajas y desventajas, sino la esencia. Eso tan especial que posee la persona que amamos y que nadie más lo tiene, al menos de igual manera o en la misma proporción. Amamos el olor, los gestos, los ojos, la expresión, la capacidad de entrega, la honestidad, la tranquilidad, los brazos, los abrazos, la sonrisa, los hoyuelos, las canas, alguna arruga bien puesta, la franqueza, las caderas, el caminado, la torpeza y cualquier otra cosa que se le antoje al corazón. La costumbre no siempre cansa, a veces nos permite crear vínculos, condicionamientos cariñosos y predilecciones intransferibles. Aunque creamos tener el control y hagamos alarde de ello, el amor se acomoda a su antojo en el ser que amamos. Para decirlo de otra manera, el afecto adelante para que no se espante.

LA REVANCHA

*El que se dedica a la venganza
mantiene frescas sus heridas.*

FRANCIS BACON

*Nadie sabe cuán dulce es la venganza
ni con qué ardor se la puede desear,
si no ha sufrido la ofensa.*

BOCCACCIO

LA MUJER QUE DECIDIÓ EQUILIBRAR FUERZAS Y QUEDAR MANO A MANO

La venganza es rabia y agresión dirigida a reparar alguna lesión física o psicológica. No es defensiva sino retaliativa. Erich Fromm decía que el impotente y el inválido no tienen más que un recurso para restablecer la autoestima si ésta fue lastimada: tomar venganza de acuerdo con la ley del tali3n: “ojo por ojo”.

Aunque criticable desde el punto de vista 3tico, al igual que cualquier tipo de violencia, para muchos el desquite posee la visi3n idealista de la equidad. Algunos pensadores sostienen que la emoci3n vengativa es el origen de la justicia penal. Para los germ3nicos y los greco-romanos tiene un origen sagrado y es “el placer de los dioses”. Para el fil3sofo Espinosa es odio puro, y para la psicolog3a, una intenci3n perversa que, m3gica e irracionalmente, pretende anular algo que ya pas3.

Atacar defensivamente cuando el da3o ya est3 hecho no tiene mucho sentido desde el punto de vista de la supervivencia f3sica, pero quiz3 posea cierto efecto psicol3gico reparador y tranquilizador. La satisfacci3n y el restablecimiento del honor: la ofensa y la *vendetta* van de la mano.

Cuando la venganza se coloca a favor del amor mal-trecho, los móviles pueden ser muchos: quedar mano a mano, pagar con la misma moneda, herir como nos han herido, la envidia de querer ejercer el mismo derecho o simplemente recuperar el equilibrio del poder: "Me cansé de ser menos que tú". Un golpe de estado afectivo para nivelar la relación y aplastar a la pareja hasta ponerla por debajo.

Gladys reunió todos estos motivos durante más de veinte años de matrimonio. Cuando se casó, nunca pensó que el atractivo físico de su esposo fuera causa de preocupación o siquiera de un problema. Todo lo contrario. Se sentía afortunada de haber logrado atrapar al más cotizado de los solteros. Y aunque ella no era ninguna reina de belleza, tenía su gracia: "Una negrita adorable", como solía decirle él, entre cariñoso y compasivo.

Como suele ocurrir, el paso de los años es más benévolo en los hombres que en las mujeres, y especialmente en lo relacionado con la parte física. A Gladys rápidamente la invadieron las arrugas, la celulitis, la caída de los senos, la flacidez del abdomen y dos o tres mechones blancos, evidentemente indiscretos. Para su esposo, el tiempo se había detenido. Era terrible verlo cada día más joven y admirado. Cada cana era un pincelazo sugestivo que aumentaba su encanto. Por alguna extraña razón, no

sacaba panza y los músculos mantenían su dureza. Tener un marido “inmortal” se había convertido en la peor tragedia. Debía hacer verdaderos malabares para adecuarse a la estética del señor. Durante un tiempo tuvo la aterradora impresión de que él crecía, es decir, que estaba más alto que antes, hasta que una amiga le hizo ver que la que se achicaba era ella.

Los festejos que seguían al lanzamiento de un nuevo producto se habían convertido en una pesadilla, sobre todo cuando la presentaban como la mujer del patrón. Los más prudentes sonreían atentamente y emitían un sintético: “¡Ah!... Su esposa...” Al parecer esperaban otra cosa. A lo mejor una ejecutiva de alto vuelo y estatura, más estilizada y con una hoja de vida del tamaño de un directorio telefónico. No es que fuera poco presentable, sino que no parecía encajar con él. Había que reconocer que la profesión de terapeuta ocupacional especializada en gerontología no se ajustaba al mundo empresarial dinámico, competitivo y un tanto insensible.

Estas reuniones tenían, además, un matiz difícil de sobrellevar: las vampiresas. En esos momentos Gladys sentía que era un estorbo, una piedra en el zapato para casi todas las asistentes. El superyó del grupo, la espía, la guardaespaldas o simplemente la señora del mandamás. Y lo más triste: nadie intentaba seducirla. Nunca había

proposiciones indiscretas que pudieran levantar su mal-trecho ego. Si un borrachito se le acercaba, no era sino para recordarle lo afortunada que había sido de tener un hombre así.

Gladys conocía al dedillo las aventuras de su marido, las pasadas, presentes y algunas futuras. Ninguna era relevante ni ponía en peligro la estabilidad matrimonial, pero ocurrían sistemática y consistentemente, aunque con bastante sigilo y moderación. Ella temía perderlo, pero se limitaba a permanecer callada.

Él era muy comprensivo, la trataba cariñosamente y jamás se ofuscaba. Nunca levantaba la voz más allá de los decibeles necesarios, ni hacía mala cara. Una sonrisa blanca y pareja, como en las propagandas de las cremas dentales, acompañaba todo el tiempo el rostro del hombre.

En los viajes al exterior la discrepancia aumentaba: él hablaba perfecto inglés y ella chapuceaba una jerga apenas comprensible. Algo similar sucedía cuando compraban ropa. A Gladys siempre le sobraba o le faltaba tela, había que agarrarle o soltarle, correr botones, subir o bajar. Él era un caso excepcional de talla única: todo le quedaba a la perfección. En más de una ocasión le propusieron modelar, pero no aceptó.

Gladys sabía que la cordialidad y la dulzura de su esposo eran aparentes. Un mensaje cifrado podía leerse siempre: "Has tenido demasiada suerte al estar conmigo..." En una ocasión, ella escuchó el siguiente comentario: "Yo sé que podría haber conseguido a alguien mejor... Pero tú sabes... unas cosas por otras... Puede que no sea la supermujer, sin embargo ella no molesta... ¿Me entiendes?... Mejor que lo celen a uno, que celar... Mi negrita es adorada". Al principio se sintió halagada, pero cuando le echó más cabeza al asunto entendió que más bien se trataba de una declaración de superioridad racial y el desaire todavía le taladra.

La vida íntima estaba repleta de vivencias ególatras por parte de su consorte, que no eran percibidas por las demás personas. Se demoraba en la ducha y para vestirse y acostarse, y el espejo era su mejor aliado. Cualquier cosa que reflejara la propia imagen llamaba su atención. No era el exhibicionismo ostentoso que utilizan los histriónicos, sino un elegante, perspicaz y casi aristocrático lucimiento.

Gladys era una mujer ardiente y sexualmente activa, que se sentía profundamente atraída por él. Sin embargo, las relaciones sexuales mostraban una preocupante alteración. Consecuente con su actitud narcisista, el hombre era un onanista declarado, es decir, sólo obtenía sa-

tisfacción a través de la masturbación. No era eyaculador precoz ni impotente, sino algo peor para una mujer que no se siente amada: eyaculador retardado (más que retardado, lejano). Cada vez que el acto quedaba inconcluso, ella confirmaba que no era deseada.

Así había sobrevivido a la sombra de un hombre exitoso, codiciado por las mujeres y envidiado por los varones. Cuidándole la espalda, apartando admiradoras, tratando de competir con un inalcanzable ideal de mujer e ignorando sus engaños. Estaba cansada y con la sangre en el ojo. Quería desquitarse, ser el centro de atención y verlo por primera vez en una posición más frágil y humilde. Bajarle los humos, traerlo al mundo de los mortales y estar por encima. Otras veces le provocaba borrarle esa expresión de satisfacción trascendental y reemplazarla por una mueca de dolor.

Un día, en el gimnasio al cual Gladys concurría asiduamente esperando el milagro de la figura esbelta, entabló una relación amistosa con un señor especial. No tan apuesto como su marido, menos sensual, más “normal”, con nariz de boxeador y poco culto, pero con un atributo inigualable y fascinante: era el dueño de la competencia. El propietario de la única fábrica que le quitaba ventas y literalmente ponía a temblar a su esposo. Lo mejor de todo: ella le gustaba. Esa primera vez no le dijo

quién era, no quería inhibir el ímpetu y el entusiasmo que mostraba el pretendiente, ni tampoco asustarlo.

Así comenzaron a verse y a conversar. De manera regular asistían a sus prácticas de aeróbicos y pesas, él cada vez más puntual y ella cada vez con menos ropa. Él empezó a admirarla sin descuidar nada, y ella a creerle el cuento.

Un día la invitó a salir y Gladys aceptó. Estando en el lugar se besaron a quemarropa y se invadieron mutuamente hasta que ella no tuvo más remedio que confesarle su procedencia. Contrariamente a lo esperado, el arrebató fue mayor y de ahí salieron directo a un motel. Fue como echarle gasolina a una hoguera.

A partir de ese momento la relación adquirió una doble sincronía: deseo y venganza. Él sentía una complacencia adicional: no era cualquier mujer, sino la de su enemigo comercial. Ella sentía un gusto similar: no era cualquier hombre, sino el principal dolor de cabeza de su compañero. Una mezcla entre mercadeo, sexo, perversidad e indemnizaciones retrospectivas.

El marido aún no sabe que tiene cuernos. Mientras tanto, ella prefiere degustar el postre en bandeja de plata. Hay cierto placer subversivo en saber aquello que él ni se imagina. El superhombre, el intocable, está siendo se-

cretamente vulnerado en su amor propio y en el más estricto anonimato.

Para tener en cuenta

Las narraciones y leyendas están llenas de crímenes pasionales motivados por el desagravio y la sed de venganza. Curiosamente, las mujeres han sido más implicadas que los hombres. La creencia popular machista es que la malicia está inmersa en la esencia misma de la feminidad. La imagen de una Salomé contorsionándose frente a un débil y casi afeminado Herodes, pidiendo por influencia de su madre, la ambiciosa Herodías, la cabeza de Juan Bautista, ha recorrido casi todas las expresiones artísticas y literarias. Algo similar aconteció con la cabeza del pobre Orfeo, arrancada, golpeada y echada al mar por las terribles ménades, en represalia a la crítica del osado poeta. Ni qué hablar de la terrible Dalila y el pobre Sansón.

Debemos reconocer que, en lo que se refiere al tema de la venganza, la historia ha sido más benévola con el sexo masculino. En la vida cotidiana, incuestionablemente, hay más Otelos que Romeos. Los delitos en nombre del amor son mucho más frecuentes en hombres que en mujeres. Millones de testimonios avalan la existencia de un sinnúmero de pugnas, escaramuzas y conflictos violentos en nombre del pundonor varonil.

Cuando una mujer decide vengarse de su pareja, el amor casi siempre está vigente. La mayoría de ellas no tomarían represalias por la infidelidad de un hombre que no aman. Pero un varón típico, criado en la cultura de la honra y la virilidad, no dudaría en castigar la traición de su pareja así no hubiera la menor pizca de afecto. O incluso, como el personaje de *Crónica de una muerte anunciada*, la traición puede ser retrospectiva si la mujer no llega virgen al matrimonio.

En sociedades como las del Mediterráneo, el deshonor público tiene mucho más peso que el desamor en sí. Aún en la actualidad, en ciertas regiones si un hombre no venga la traición es ridiculizado y desaprobado por haber conciliado con el engaño. La tradición viene desde mucho tiempo atrás. El Fuero Real español concedía al marido burlado la facultad de perdonar a los culpables o ejecutarlos, pero no podía castigar a uno de ellos y perdonar al otro. Los historiadores citan el caso de un marido que fue condenado a muerte no por castrar al amante sino por no sancionar a la mujer.

En *El mayor monstruo, los celos*, Calderón de la Barca expresaba así la causa común masculina a favor del renombre y la reputación:

*Pues no hay amante o marido,
salgan todos a esta causa,*

*que no quisiera ver antes
muerta que ajena su dama.*

Este deseo no es exclusivo de los hombres. Una de mis pacientes manifestó así su posición frente a la muerte reciente de su infiel marido: "Prefiero que lo devoren los gusanos en la tumba a que lo haga una mujer".

En el Siglo de Oro, cuando el marido no tomaba serias medidas como el destierro, la muerte o el encierro de por vida de la esposa adúltera, lo obligaban a ir por las calles con grandes cuernos de toro o de ciervo en la cabeza, montado sobre un burro, mientras la culpable cabalgaba sobre otro asno, exhibiendo un ramo de ajos en la mano. Ambos eran insultados y vapuleados durante el trayecto. Algo similar ocurría en la Francia rural del siglo XIX y en otros sectores de Europa.

La sed de venganza no es de uso privativo de ninguno de los sexos, aunque el abuso del poder pueda hacerlo más evidente en el sexo fuerte.

En el caso de Gladys, la decisión de ser infiel tenía una clara intención revanchista. Una doble motivación la animaba a mantener candente y activa su aventura. La primera estaba dirigida a sacar a flote su aporreada autoestima, es decir, buscando salud mental. La segunda era más maliciosa: saldar la deuda de tantos años de su-

frimiento e impotencia, es decir, venganza pura. Es probable que a su debido tiempo empiece, consciente o inconscientemente, a dejar pistas e indicios para que su relación clandestina sea descubierta. La satisfacción no sería completa sin el escarmiento y el dolor del infractor. Despojarlo de su halo de supremacía masculina indudablemente forma parte del plan, pero el principal objetivo es verlo sufrir.

La venganza es violencia placentera. El agresor la percibe como un acto de defensa personal moralmente válido, una clase de sadismo instrumental y justificado, pero en realidad es un comportamiento de conservación a destiempo y fuera de lugar. Ya pasó el ataque.

La complacencia en obtener igualdad a través de la destrucción del otro es un fenómeno exclusivamente humano, producto de la mente y, claro está, del ego. Existe una inmadurez latente en quienes están dispuestos a lograr el desagravio a cualquier precio. Como los niños que movidos por la envidia o la ira rompen los juguetes del otro. Un paciente adolescente decidió rayar el automóvil de su novia y chuzarle las llantas porque había salido con otro: "Me sentí bien y no me arrepiento... Cuando lo hice descansé y recuperé mi dignidad". El decoro personal no puede estar en los neumáticos de un carro. Hay actos más solemnes y simbólicos, mediante

los cuales se puede dejar en alto el buen nombre sin estropear el ajeno. Hay causas que se defienden solas.

Cabe preguntarse si los que deciden vengarse por despecho y desamor no estarán tratando de perdonarse a sí mismos la cobardía, o la incapacidad, de haber permanecido donde no debían haber estado. La gente que logra mantener relaciones de pareja asertivas, directas, francas, no temerosas y sin postergaciones no permite que el resentimiento prospere y la venganza deja de ser funcional. Definitivamente es mejor reaccionar y defenderse a tiempo, algo que Gladys no supo hacer.

Cuando intentamos protegernos de la traición y el maltrato psicológico con las mismas armas de quienes nos han dañado, caemos en la trampa de identificarnos con el transgresor. Cuando atacamos la deslealtad con deslealtad, la mentira con mentira, la deshonestidad con deshonestidad, perdemos autoridad moral. Nos contaminamos de lo mismo que queremos limpiar. La infidelidad no admite contabilidades ni sistemas de compensación, sino exclusión y determinación. O perdono, o me voy.

LOS LEGADOS FAMILIARES Y LA INFIDELIDAD COMPULSIVA

*La falta más grave es no tener consciencia
de ninguna falta.*

EISTEIN

Yo puedo resistir todo, menos la tentación.

OSCAR WILDE

EL HOMBRE QUE SUFRÍA DE INFIDELIDAD CRÓNICA

Hay sujetos que no alcanzan a codificar el concepto de fidelidad. Como si fueran disléxicos afectivos, el acto de amar se diluye en la imperiosa necesidad de ocupar el territorio ajeno y obtener el botín a toda costa.

Roberto era el cuarto de nueve hermanos. Ocho varones y una mujer conformaban la numerosa familia. Su padre era un reconocido ganadero de la región y una especie de patriarca. Roberto siempre fue su preferido y el único que había terminado una carrera universitaria.

Luego de graduarse con honores en la facultad de medicina, hizo una especialización en Boston y ejercía exitosamente su profesión. Desde hacía diecinueve años estaba casado con una enfermera, y con ella tenía dos hijas a las cuales decía querer mucho.

Llegó a la consulta con su esposa, quien había decidido separarse si él no cambiaba su comportamiento. A sus 46 años, Roberto mostraba un historial que hubiera puesto a temblar a Casanova en persona. Además de las constantes y reiteradas aventuras, tenía cinco hijos fuera del matrimonio, cada uno con distintas mujeres, y otros

dos de dudosa procedencia, producto de su imberbe y prematura disposición al sexo.

La tendencia a seducir se había manifestado por primera vez a los once años, cuando su madre lo descubrió teniendo relaciones con la muchacha de servicio. Muy preocupada, la señora decidió no volver a contratar chicas jóvenes y agraciadas, sino viejas y feas. Pero Roberto no mostró demasiados escrúpulos al respecto. Su criterio de elección no contemplaba ninguna excepción: todas eran apetecibles. Y como tanto va el cántaro al agua hasta que por fin se rompe, una de ellas quedó embarazada. A partir de ese momento fue considerado el terror del barrio, el colegio (que inconcebiblemente era mixto) y la familia. La intención de sus progenitores fue mantenerlo alejado de cualquier cosa que se pareciera a una mujer.

La esposa de Roberto había tolerado sus deslices desde el noviazgo, pero el quinto retoño colmó definitivamente la paciencia. Lo más inaceptable era que la madre del flamante heredero resultó ser una profesora de la escuela donde estudiaban sus hijas.

Por alguna extraña razón, Roberto siempre era descubierto y terminaba confesando. Además, no parecía utilizar ningún tipo de protección cuando llevaba a cabo sus fechorías, lo que lo convertía en una amenaza pública.

La actitud que asumía frente al problema era de una tranquilidad pasmosa. Estaba tan acostumbrado a la infidelidad, que le parecía normal. Se había criado en un ambiente permisivo y extremadamente promiscuo. Desde que tenía uso de razón le había tocado ver las peripecias de su padre, un maestro del engaño. Famoso y envidiado por los hombres, sus “proezas” eran casi legendarias y motivo de permanentes comentarios: el héroe del pueblo. Roberto tenía alrededor de seis hermanos medios y varias madrastras potenciales. Pero lo insólito estaba en que algunas de estas mujeres habían sido compartidas por ambos, y como consecuencia de tal cooperativismo uno de los hermanos medios podría ser hijo suyo. Para eliminar todo vestigio de culpa y malentendidos, el sostenimiento de ese niño en particular era por mitades. Como quien dice: “Todo queda en familia”.

Los otros hombres del clan también seguían el mismo patrón. Todos tenían amante y descendencia no declarada. Cuando se insinuaba el tema, la madre de Roberto se limitaba a decir: “De tal palo...” Y quizá tenía razón.

En este contexto de caos y desparpajo afectivo/sexual comencé a trabajar con ellos. Transcribo a continuación un extracto del diálogo que tuvieron en mi presencia.

MARIELA: No estoy dispuesta a seguir con este tipo de relación... No quiero un hombre infiel.

ROBERTO: Después de tantos años ya deberías estar acostumbrada.

MARIELA: Uno nunca se acostumbra a la mentira y a la traición.

ROBERTO: La mayoría de las mujeres lo hacen... ¿Por qué no tú? De hecho lo aceptaste durante muchos años... ¿Cuál es el problema ahora...? ¿De dónde viene esta dignidad retardada?

MARIELA: Ya no quiero engañarme a mí misma... Me cansé de tus amigas, de las llegadas tarde y de que huelas a mujer, me harté... Si es tanta la necesidad, puedes irte de la casa.

ROBERTO: Es mi casa y no me voy a ir... *(en tono grave)*
Por favor, respétame.

MARIELA: No quiero un hombre así.

ROBERTO: Todos somos infieles... Es la naturaleza masculina.

MARIELA: No seas cínico.

ROBERTO: Yo no lo veo tan grave, siempre estoy aquí, no falto a mis obligaciones, soy un buen padre, nunca te he golpeado, jamás te he descuidado sexual-

mente... Puede que tenga mis amigas, pero no dejo de atenderte... En ese sentido, soy fiel... Como el perro que sale de ronda pero siempre vuelve donde el amo.

MARIELA: ¿Vio, doctor...? ¿Se da cuenta de la desfachatez de este hombre?

ROBERTO: Estoy siendo sincero... No nos digamos mentiras... Eso es así, los hombres necesitamos las aventuras... Es la condición humana del varón... Hay que ser realista, nunca voy a ser el marido santurrón que esperas.

MARIELA: ¿Y si yo fuera la que se consiguiera un amante?

ROBERTO: Te dejaría de inmediato... No podría seguir viviendo con una puta.

MARIELA (*llorando*): Ojalá tuviera el coraje de hacerlo.

ROBERTO: Yo sé lo que pasa... No es tanto lo del hijo, sino con quién, ¿verdad...? Siempre le tuviste celos a la profesora... Cuando te dije que las pelirrojas me gustaban, te pusiste furiosa... Es eso, ¿no?

MARIELA: No tiene nada que ver... Simplemente me cansé... No quiero ser más la idiota a quien todo el mundo mira con lástima.

ROBERTO: Entonces no preguntes, no busques, no me

esculques... Mira para otro lado, como hacen las mujeres inteligentes... Ellas dicen: "Haz lo que quieras, pero que yo nunca me entere".

T (*Terapeuta*): Sólo en el supuesto de que se aceptara esta insinuación como válida, debemos reconocer que usted no las hace "bien hechas".

ROBERTO: Reconozco que fui descuidado... Ella es muy sensible... No debería haberle contado nada... Puedo mejorar en eso.

T: ¿No es capaz de ser fiel, o no quiere?

ROBERTO: Nadie es capaz... Ése es un invento de los puritanos... Además, ¿qué es ser fiel?

T: Exclusividad.

ROBERTO: Eso no existe... Yo siempre tendré otras mujeres, pero mi esposa será la principal... La madre de mis hijas, la legal, la primera... Ése es el trato.

T: ¿No se siente mal teniendo tantas aventuras?

ROBERTO: No, hasta los más santurriones son infieles... Yo creo en la biología, necesitamos reproducirnos... El día que los machos perdamos la curiosidad sexual, se acabará la vida en el planeta.

T: ¿Y sus hijas? ¿No le preocupa lo que piensen de usted?

ROBERTO: Ellas no tienen nada contra mí... Me aceptan como soy.

MARIELA: No sé qué hacer... Estoy confundida... *(llanto)*
No quiero sufrir más.

ROBERTO *(en un tono amable y más calmado)*: Hasta ahora vivíamos bien... No compliques la cosa... Te prometo que tendré más cuidado... A la única mujer que quiero es a ti... Las otras no significan nada... Te lo juro... *(abrazo, beso y silencio prolongado)*.

La tempestad había cesado. Como expulsando un demonio, Mariela se limitó a suspirar, se secó las lágrimas y con el gesto indulgente de las mujeres que aman demasiado, dejó asomar una sonrisa conciliadora. Otra vez en las fauces del depredador.

Había arrojado su ira y escuchó lo que deseaba oír desde el principio, que la amaban. Por su parte, una vez más Roberto había logrado apaciguar el conato de sublevación. Como tantas otras veces, la calma volvía a reinar. En semejante historia de traición y mentiras, hay poco para rescatar. Cuando las parejas llegan a este punto de deterioro, el mal ya es irreversible. Un marido ventajoso y una mujer resignada es la peor combinación. Schopenhauer decía acertadamente que a veces el matrimonio es una celada que nos tiende la naturaleza, y ahí quedamos atrapados de por vida.

En otras reuniones que tuve con él no fui capaz de comunicarme más allá de lo elemental. Creo que incluso llegó a dudar de mi masculinidad por no apoyar su modo de actuar compulsivo e indiscriminado. Me fue totalmente imposible establecer una aproximación terapéutica. Estaba en otro universo. Según su parecer, el amor era un subproducto, un epifenómeno segregado por el sexo y el afán de conquistar, o un mal necesario frente al cual había que abdicar para poder sobrevivir en comunidad.

La explicación de su conducta no se reducía sólo al mal ejemplo. Además de la típica búsqueda de autoafirmación (donjuanismo) y el narcisismo que suele acompañar a estos sujetos, existía en él un fuerte componente biológico. La instigación a ser infiel no llegaba sólo de los esquemas mentales y de la educación recibida, sino también de la más burda y primitiva motivación: “desparramar ADN”. El legado familiar de infidelidad se remontaba a su tatarabuelo, incluso tíos, primos y sobrinos. El árbol estaba afectado desde la raíz.

Descarté la ayuda de pareja y le recomendé una terapia personal más profunda. En ese momento supe que no iba a volver. Su expresión me hizo comprender que no me veía como un aliado, sino como un traidor a la causa. Se despidió como si yo fuera el terapeuta conduc-

tista de *La naranja mecánica*, tratando de castrarlo psicológicamente.

Una cosa es el instinto, la disposición y la fuerza que nos empujan a reproducirnos, y otra muy distinta la incapacidad de trascender la bioquímica. Nadie niega que los hombres tenemos una marcada tendencia a desear, perseguir y seducir mujeres, pero esto no justifica que actuemos como simios, dejando a nuestro paso un reguero de hijos y personas psicológicamente afectadas.

Para tener en cuenta

La infidelidad crónica es una enfermedad. Lo cual no significa que los humanos nos resignemos a ella. Quizá una de las más honestas y patéticas expresiones del conflicto interior masculino se encuentra en San Agustín, en sus *Confesiones*, cuando le pide a Dios: "Dame castidad y continencia, pero todavía no".

La pregunta que surge del caso anterior es simple: ¿Qué es más importante: el ambiente o la herencia? ¿Hay un gen que determina la promiscuidad, o los modelos sociales de aprendizaje son suficientes para explicar la conducta infiel? La respuesta también es simple: ambos factores parecen estar implicados.

Aunque la idea de una infidelidad biológicamente

transmitida está en discusión, cada vez más los datos tienden a apoyarla. En primer lugar, hay variables de personalidad innatas, temperamentales, que predisponen a los individuos a buscar emociones fuertes y variadas, sean hombres o mujeres. Por ejemplo, altos niveles de extroversión hacen que los sujetos se vuelvan ávidos devoradores de estimulación y no soporten el aislamiento. Algo similar se ha encontrado en ciertas psicopatías y en violadores asesinos.

En segundo lugar, los estudios realizados con familias de personas propensas al engaño y gemelos criados por distintos padres, muestran que hay un factor hereditario que se agrega al consabido “mal ejemplo”. A veces no importa tanto quién o cómo los críen, porque el germen de la infidelidad está latente.

En tercer lugar, algunos experimentos con animales parecen apoyar la teoría del famoso gen egoísta. Recientemente, unos científicos escoceses aparearon un carnero con una oveja. Después de la primera cópula, tal como ocurre en muchos varones, el carnero perdió todo interés por ella. Con el fin de activar la ganas del macho, decidieron suministrar feromonas a la frustrada oveja para aumentar su *sex appeal*, pero no hubo respuesta. Luego le colocaron la lana de otra oveja y nuevamente el carnero siguió impávido. Sin embargo, el deseo sexual se

activó de inmediato cuando le pusieron una compañera desconocida.

En cuarto lugar, tal como se reportó en una investigación realizada en la Universidad de Manchester, existen indicios biológicos de que el tamaño de los testículos se correlaciona significativamente con la infidelidad. Es decir, a más centímetros cúbicos, más promiscuidad.

La posición tradicional de la antropología es que mientras nuestros antepasados machos aseguraban la perpetuación de sus genes esparciendo semen por todas partes y copulando con muchas hembras, ellas, al ser fértiles durante menos tiempo, elegían a un solo compañero que les garantizase la inseminación en el momento preciso.

Las versiones más modernas tienden a colocar la conducta sexual femenina más cerca de la masculina. De acuerdo con estas teorías, las mujeres también están biológicamente determinadas a buscar la variedad sexual, pero por otros motivos. El adulterio de nuestras abuelas prehistóricas habría servido para:

- a. Obtener beneficios complementarios. Más resguardo y alimento adicional para asegurar la supervivencia de los vástagos: varias fuentes de ingreso.
- b. Conseguir un “sustituto potencial”. Si el compañe-

ro moría o la dejaba, había un reemplazo cercano dispuesto a colaborar. Un seguro contra abandono.

- c. Mejorar la línea hereditaria. Si tenía hijos con el que tuviera mejores atributos para sobrevivir (el más fuerte, el más rápido, el más bravo, el más ardiente), garantizaba la descendencia.

Los estudiosos de los chimpancés han observado que las hembras suelen participar en apareamientos no reproductivos por pura diversión. Y cuando están en celo, lo hacen con todos los miembros del grupo. La razón de esta conducta “libertina”, aparentemente innecesaria para quedar embarazada, genera, además de placer, dos valores agregados importantes: (a) aplacar a los machos para que no ataquen a las crías, y (b) confundir la paternidad para que cada macho de la comunidad tenga que actuar, por las dudas, como el “papá” del recién nacido.

La idea de que los varones tienen el privilegio del goce sexual no posee respaldo alguno. Las mujeres no sólo lo disfrutan fisiológicamente más (recordemos los célebres orgasmos en cadena y la fase de meseta) sino que, como vimos, obtienen beneficios evolucionistas para la supervivencia. Cuando se les permite, el ying comienza a parecerse al yang, y la tímida damisela empieza a transformarse en una seductora Mata Hari.

Recuerdo un grupo de cinco amigas casadas, con edades que oscilaban alrededor de los cuarenta años, que arreglaron un viaje a Europa y Tierra Santa. A las tres semanas, todas, sin excepción, habían tenido aventuras. Unas se fascinaron con las frondosas cejas de los españoles, otras debutaron en la buhardilla de un pintor desconocido, y no faltó quien cayera en la trampa del romanticismo italiano. Ninguna había sido infiel antes del periplo. Una de ellas resumió así el sentir del grupo: “Estábamos lejos, nadie nos conocía... La luna, los tragos, la complicidad de las amigas... El clima y el anonimato nos favorecían... Fue una locura... En Tierra Santa no hicimos más que rezar”.

Siempre hay un “otro yo” agazapado en lo más profundo de nosotros, dispuesto a atacar. Si supieran que jamás serían descubiertas y pudieran evitar el temible costo social, muchas mujeres se entregarían a la fantasía de un amante ilícito hasta consumirse.

Aunque parezca obvio, cuando un hombre heterosexual engaña a su pareja, lo hace con una mujer y no con un marciano. Solamente entre el 8 y el 15% de los hombres son infieles con prostitutas; la mayoría restante lo hacen con mujeres casadas o comprometidas. Es decir, se necesitan dos, e indefectiblemente uno de ellos es mujer.

Sin embargo, la cultura ha sido, y sigue siendo, especialmente cruel con aquellas damas que dan rienda suelta a sus fantasías. Los ejemplos abundan. Más de un pensador ha dejado plasmado su repudio a la liberación sexual femenina y la admiración por la paciencia y perseverancia de Penélope, la incondicional esposa de Ulises, quien durante veinte años tejó y deshizo a propósito el tejido para alejar a sus pretendientes.

No estoy justificando la infidelidad masculina ni femenina, sino equilibrando las cosas. Los hechos muestran que existe un fondo genético, que aunque parece ser más fuerte en la masculinidad, las mujeres también lo tienen. Sobre esta base biológica, la educación sexual se encarga de incitar a los varones y reprimir a las mujeres. En igualdad de condiciones estas diferencias deberían disminuir sustancialmente.

El caso de Roberto simplemente representa el exponente típico del varón-amental ajeno a todo compromiso afectivo. Su manera de querer no sería suficiente para satisfacer a ninguna mujer mentalmente sana y digna. Existe un tipo de personalidad infiel que es definitivamente incurable e irreversible. Y aunque a veces los engaños puedan modularse, controlarse un poco o disminuir levemente su frecuencia, el lunar permanece. Como reza el refrán: "Lo que natura no da, Salamanca

no lo otorga". Tarde que temprano la sangre manda y la mente obedece.

BUSCAR AFUERA LO QUE NO SE TIENE EN CASA

*Las cadenas del matrimonio son tan pesadas
que se necesitan por lo menos dos personas
para llevarlas... a veces tres.*

ALEJANDRO DUMAS

*Un buen matrimonio sería el de una mujer ciega
con un marido sordo.*

MONTAIGNE

TRES PAREJAS DISPAREJAS

Muchas personas creen que su relación de pareja marcha sobre ruedas porque no ven nada grave o extremadamente preocupante. Sin embargo, no todas las dolencias afectivas requieren de policía, comisaría de familia o abogados; muchas alteraciones van socavando la relación en silencio y pasan totalmente inadvertidas para los implicados. Lo que hoy es insignificante, mañana puede transformarse en una complicación mayor.

Cada cual tiene su talón de Aquiles. Veamos tres afirmaciones que supuestamente no entrañan riesgo alguno para el normal funcionamiento de la vida conyugal:

1. “Somos un buen matrimonio... Con los disgustos normales, pero nos queremos mucho y tenemos una familia muy linda... No tengo quejas importantes... Quizás a veces él sea llevado de su parecer... No es fácil darle gusto... En ocasiones me siento *un poco* acosada, pero ya aprendí a manejar la cosa. Después de todo, es un buen hombre”.

2. “Nuestra relación es muy buena, le falta *un poco* de picante y diversión, pero tenemos otras cosas impor-

tantes... Mi mujer es introvertida, más bien callada y algo temerosa... No es muy arriesgada, pero es la compañera ideal para mí que soy acelerado e impulsivo... Fui hiperactivo cuando niño... Por eso nos complementamos bien”.

3. “Mi esposo es un hombre encantador. Es muy sociable y todo el mundo lo quiere. Es excelente papá, un trabajador único y me trata muy bien. Somos una buena pareja... Si tuviera que poner una queja sería en la parte de la expresión de afecto... Es *un poco* simple... Yo creo que es cuestión de educación... Mis suegros no fueron afectuosos... En cambio, en mi familia nos demostraron mucho amor... Me gustaría que me consintiera más, pero yo pienso que tenemos otras cosas que compensan”.

Sin caer en el extremo del perfeccionismo y la búsqueda irracional de la compatibilidad total, hay ciertos desajustes a los cuales es mejor darles mantenimiento preventivo. En los relatos señalados, las expresiones “un poco presionada”, “un poco aburrido” y “un poco simple”, no deben pasar inadvertidas. Sería como decir: “Tengo *un poco* de cáncer”.

Un marido persecutorio, paternalista y exigente haría las delicias de una mujer insegura y con necesidad de protección. Sin embargo, para una feminista furibunda

sería motivo de asesinato o divorcio instantáneo. Algunos sujetos apaciguados, caseros y tradicionales, se enfermarían de úlcera con una esposa activa y ejecutiva, pero para alguien extrovertido y ambicioso podría ser motivo de éxtasis y admiración. Un hombre insípido y rutinario en la expresión de afecto sería el ideal de cualquier esposa frígida y desapasionada, pero factor de angustia y desesperación en una mujer expresiva, tierna y sexualmente activa.

Cuando evaluamos las necesidades de nuestra pareja partiendo exclusivamente de las propias, la probabilidad de error es alta. Lo que para uno es secundario y desechable, para otra persona puede ser fundamental. Esta incapacidad de ponerse en los zapatos ajenos hace que los pequeños déficit crezcan.

Y si el descuido lleva a que la disfunción avance, el virus de la impaciencia comienza a molestar. Es cuando la resignación se transforma en curiosidad y salimos a buscar afuera lo que no hallamos adentro. Las dos estrategias de afrontamiento más recomendadas por los especialistas (“Me quedo y le doy una última oportunidad científica, seria y responsable a la relación” o “Me voy, pero honesta y limpiamente”), son reemplazadas por una tercera opción, aparentemente menos costosa y más excitante: el amante.

1. "Necesito ser yo"

Ella estaba cansada. Por más de catorce años había soportado la aspereza de un marido controlador, mandón y exigente. Nunca le había faltado al respeto en ningún sentido y sinceramente la amaba, pero de algún modo la acorralaba.

Mantenerlo contento y satisfecho era una proeza. Aunque tiempo atrás había disfrutado de sus "amables imposiciones", ahora estaba agotada. Vestirse, peinarse y maquillarse como él quería era una costumbre establecida hacía años: "¿Qué quieres que me ponga?" Adónde iba, a qué hora volvía y con quién estaba, formaba parte del reporte diario. Él decía que no era celoso, sino que la cuidaba. Ella decía que no le importaba estar reportándose, pero sí le importaba.

Su marido era un hombre fuerte que se había hecho cargo de sus debilidades hasta volverlas más débiles. El remedio había resultado peor que la enfermedad. Cada día se sentía más insegura y con miedo a equivocarse. La actitud dominante del señor se manifestaba en el trabajo, con los hijos, la familia y hasta con los vecinos.

Hace unos meses, cuando ella decidió estudiar filosofía, el malestar fue unánime. La parentela en pleno mostró indignación. La reprobación giraba alrededor de tres

argumentos principales: “Nadie estudia filosofía a los cuarenta”, “Eso es para locos” o, “¿Por qué no estudias algo más productivo?”

Una de las disparidades más importantes había sido el gusto de ella por las humanidades y la inclinación de él por lo técnico (automóviles, aviones, tanques de guerra, camiones y cualquier artefacto que tuviera ruedas y fuera grande). Ella no entendía muy bien el significado de ser miembro honorario del “Club de carros antiguos”, y él no tenía la menor idea de quién era Buda, y menos, Kant. Cuando ella intentaba expresarle sus estados internos, él los simplificaba y les daba una solución pragmática, como si se tratara del cambio de una bujía o la afinación de un motor.

La queja frente al acoso era repetida y constante: “No tengo espacios míos... Debo explicar todo el tiempo mis comportamientos y mi proceder, como si fuera una incapaz... No es que no lo quiera, sino que no siento que pueda ser yo... Él hace esfuerzos, pero no es capaz de soltarme y dejarme ser yo misma... No me acepta... Me genera estrés... Me siento presionada y observada las veinticuatro horas... ¡Qué cansancio!... No sé si voy a poder aguantar...”

Antes de terminar el primer semestre de universidad, el profesor de historia de filosofía contemporánea, un

señor delgado, cauteloso, algo inseguro, debilucho, intelectual y aparentemente sensible, había abierto un hueco en su corazón. Estaba enamorada de la antípoda de su marido y, por primera vez en su vida, era infiel. Lo curioso era que no sentía una pizca de culpa. De la noche a la mañana, la tensión cotidiana se convirtió en una alegría difícil de disimular. Se la veía sonriente, animada y de buen humor.

El cambio tenía una razón: "Mi esposo es mejor amante, pero aquí encuentro tranquilidad... No me regaña, habla poco y me escucha... Me acepta como soy... Puedo ser yo misma sin justificar mis actos... Nunca había sentido esta libertad... Soy la mujer más feliz del mundo".

A medida que la relación se fue afianzando, ella pasó de alumna a consejera y, más tarde, a mecenas. No sólo asesoraba psicológicamente a su compañero de travesuras, sino que también solventaba algunos de sus gastos. Incluso le hizo un préstamo para que comprara un auto mejor. Este nuevo papel no le fastidiaba. Por el contrario, se sentía necesitada, le agradaba ser dadora.

Infortunadamente, la felicidad no duró mucho. Una estudiante avanzada comenzó a coquetearle al "profe". Ni corto ni perezoso, el hombre decidió estar con las dos. Cuando ella lo confrontó, él habló de libertad,

existencialismo, doble moral, matrimonio abierto y otras formas de unión libre. Herida y profundamente decepcionada, trató de humanizar a su esposo mediante una ayuda profesional, pero la terapeuta no fue capaz y presentó renuncia irrevocable. Siguió visitando a su barbado amigo, mientras intentaba apaciguar al varón que tenía en casa, que a estas alturas ya sufría del síndrome de Otelo y veía amantes y pretendientes por todas partes.

En la actualidad, después de muchos “ires y venires”, ella volvió a enamorarse, pero no del marido. Esta vez su nuevo amor es el maestro de pintura, un joven arrogante y fracasado, que no la quiere ni cinco pero “la acepta como es”. El esposo, que sospecha pero no tiene pruebas, le ha concedido más espacio y ha comenzado a interesarse por la lectura (está leyendo la vida de Henry Ford y la *Guerra de las colas*). Sin embargo, pese a los denodados esfuerzos por cambiar, no hay interés por parte de ella. Más aún, ya no le produce estrés sino fastidio y rencor. Cada mirada lleva implícita una silenciosa acusación: “Me anulaste”. Y en cada rincón de su mente retumba la mortificación de una pregunta sin respuesta: “¿Por qué me casé con él?”

A lo mejor hace unos meses, antes de traspasar el punto del no retorno, algo podría haberse salvado. Quizás hubieran podido tener un final más saludable (un adiós

sincero siempre es mejor que el engaño y la mentira), o encontrarse nuevamente en algún recodo olvidado del amor. Nunca sabremos si había cosas por rescatar y reconstruir. Durante los años que estuvieron juntos él comenzó a demoler el amor, y ella completó la tarea.

2. “Necesito a alguien con más energía y vitalidad”

Él es activo, lúdico, acelerado, bailarín, sociable, extrovertido, chistoso, alegre, vivaz, ardiente y deportista empedernido. Ella, apocada, silenciosa, poco sociable, triste, lánguida, insegura, dormilona, lenta y perezosa. Buen papá, buena mamá. A él le gusta el trago, a ella la emorracha el olor.

En cierta ocasión, luego de un animado baile, ella se quedó dormida haciendo el amor. Perdió de inmediato la erección cuando la escuchó roncar. Nunca le comentó nada. Un día llegó con unos pasajes sorpresa para que fueran por una semana a Aruba; ella no aceptó porque no era capaz de dejar al niño de cinco años.

Él es jefe del departamento de mercadeo de una reconocida empresa. Maneja personal, viaja, es líder, innovador, competitivo, astuto y va en ascenso profesionalmente. Ella estudió dibujo arquitectónico, todas las tardes visita a su mamá y le fascinan las telenovelas.

No tiene chequera porque se sobregira permanentemente.

Ocho años de casados, sin peleas ni discusiones significativas. Ella es frígida y él, un toro desbocado. Él le compra ropa interior erótica y ella no se la pone. No es que sea mojigata: se le olvida. A él le gusta el cine rojo, a ella, las películas románticas. Tienen dos televisores. Nunca van al cine.

Hubo una variante. Hace algunos meses una nueva asistente entró en el departamento de publicidad. Una mujer ambiciosa, estudiosa, inquieta, actualizada, soltera, sin novio, dispuesta, elegante, coqueta, atrevida y con un gran sentido del humor. ¿Su hobbie? Bailar y hacer deportes.

Antes de lo previsto estaban revolcándose en la cama de un motel. La flamante amiga posee la mezcla sutil que fascina y atrapa a los hombres: es fuerte, pero sabe volverse débil. La esposa es débil y no sabe volverse fuerte. No ofrece ese hombro mullido donde a veces hay que recostarse. No da ayuda, consejos, opiniones ni críticas. Demasiado liviana. Por el contrario, la nueva adquisición fue desde el principio energía volcánica. Su presencia se hace sentir.

Nadie habló de lo que ocurría, o mejor, de lo que no

ocurría. Pese a la nueva relación, él no mostró cambios sustanciales en el hogar, y ella no percibió nada extraño. Un día cualquiera, abrumado por el remordimiento, el hombre decidió poner a su amante en remojo y pedir ayuda.

Él vino a la primera cita y ella a la segunda. No habían hablado ni convenido nada al respecto. Según la información recogida, el común acuerdo para asistir a la terapia ocurrió más o menos así:

ÉL: Pedí cita con un psicólogo que hace terapia de pareja para que vayamos.

ELLA: Bueno, ¿cuándo es?

ÉL: El martes a las seis de la tarde.

ELLA: Voy a tener que hablar con mi mamá para que me cuide el niño.

ÉL: Ajá...

Mutismo compartido. Discreción al cubo. Dos avestruces escondiendo la cabeza al tiempo y en el mismo hueco.

La visión que ella tenía de su relación era la siguiente: “Mi matrimonio no está tan mal... No sé por qué quiso venir a terapia... Él es bastante extrovertido, yo soy un poco más tímida... Pero por lo demás, vivimos bien y

nos comprendemos... Últimamente ha estado muy ocupado con el trabajo... Quizás hayamos descuidado un poco la relación... Pero no veo que existan problemas importantes”.

Al poco tiempo, la chica energética volvió a aparecer y él prefirió suspender la terapia. Ella debe haberlo comprendido, pero como era su costumbre, guardó silencio. Actualmente están asistiendo donde un consejero espiritual.

3. “Necesito que me mimen y me consientan”

Ella era consentida, no resabiada, vacía o inmadura, sino mimada. Llevaba siete años con la persona que amaba: cuatro de novia y tres de casada. Durante ese tiempo había aprendido a conocerlo y sabía que a su lado tenía a un gran hombre, aunque adolecía de un pequeño gran defecto: le costaba expresar sus sentimientos. Y no me refiero a la actividad sexual, sino a la sencilla y mera manifestación de afecto, como abrazos, arrumacos, zalamerías, caricias, cosquillas y cosas por el estilo. Era simple y poco cariñoso. No escribía cartas de amor, ni poesías ni tarjetas graciosas, ni colocaba mensajes por Internet. Tampoco enviaba flores, bombones o sorpresas. A veces brotaba un “te quiero”, pero sonaba como un graznido, áspero y poco convincente.

Al comienzo del noviazgo ella había intentado ayudarlo sin mucho éxito, y rápidamente se acopló a la ausencia de demostraciones de cariño. El realismo había sido una alternativa plausible: era más fácil enfriarse un poco, que desinhibirlo. Además, había tantas cosas buenas que se sentía capaz de bajar el tono sentimental que la caracterizaba. Incluso llegó a pensar que tanto empaño podría resultar dañino para la relación. Bloqueó el impulso y desvió sus expectativas hacia cosas más concretas.

De todas maneras, el marido, consciente de las necesidades de su cónyuge, de vez en cuando intentaba poner de su parte. En cierta ocasión quiso comportarse “juguetonamente” y comenzó a perseguirla por el cuarto, pero de un manotazo involuntario le partió la nariz. También le regaló un libro de poesía que ella ya tenía, unas flores que no le gustaban y un chocolate que estaba viejo.

Todo el tiempo ella trataba de minimizar la cuestión: “Necesito un perro ‘pulgoso’... Me encanta que me rasquen la cabeza y la espalda mientras me quedo dormida... Que me digan que me quieren mucho, que me abracen y me besen... Me fascinan los besos, pero a él no le gustan mucho... Yo lo acepto como es... ya me acostumbré”.

Puro autoengaño. Nadie se habitúa a la falta de ternura. Los humanos requerimos saber qué tanto nos aman los seres queridos, aunque no necesariamente a cada momento. Sin retroalimentación, el amor se vuelve autosuficiente.

Él siempre se había negado a dormir abrazado a ella. Los días del amor y la amistad, de la mujer, de la madre, los aniversarios y hasta algunos cumpleaños, pasaban totalmente inadvertidos. Ella ya no se los recordaba: ¿para qué?

Fue exactamente ahí, en ese espacio despejado de amor, donde un compañero de trabajo logró sembrar la semilla de la inquietud. Un varón como los de antaño, caballero a morir, experto en galanteo, detallista y admirador de la belleza femenina (ella no era linda, pero el señor era un buen mentiroso), había emprendido el reto de conquistarla. Y fue así como, entre piropo y piropo, la caricia se manifestó y el sexo no se hizo esperar. El galán había detectado de inmediato los puntos débiles y las zonas carentes de ternura. Atacó sin compasión.

No se enamoró del intruso, pero se aficionó a él. Lo cual es peor, porque se pierde la esperanza de que el enamoramiento se acabe. Una relación clandestina de este tipo puede durar siglos, y suele cumplir con la curiosa función de mantener a flote los malos matrimo-

nios. Como una pata de palo, la cojera se compensa y los síntomas dejan de existir como por arte de magia. Se ocultan tras la fachada de que todo está bien. Muchos amantes, sin saberlo, terminan siendo el sostén de la relación que precisamente quieren que se acabe. Uno de mis pacientes, después de esperar en vano que su amante se separara, llegó a una triste conclusión: "Entendí que mientras yo esté en su vida, nunca va a dejar al marido... ¿Por qué debería hacerlo...? Yo contribuyo a que su relación sea más soportable, porque le doy exactamente lo que el esposo no es capaz de darle... Es como un círculo vicioso... Cuanto más la ame, más se aleja la posibilidad de tenerla... Visto así, es terrible... ¡Siguen juntos gracias a mí!... Si yo me alejara, las discrepancias se harían más evidentes y los problemas saldrían a flote... Estoy atrapado: no soy capaz de dejarla ni de resignarme a ser el segundo".

Con el amigo, ella llenó el vacío y se tranquilizó. El marido dejó de sentirse acosado y la relación entró en un período de calma. El amor había empezado su cuenta regresiva.

Para tener en cuenta

Cada uno de los anteriores casos muestra el mismo patrón. La infidelidad aparece como un distractor, una for-

ma de dilatar y esconder un problema que posiblemente hubiera podido tener soluciones más adaptativas y menos traumáticas.

Ninguno buscó ayuda profesional a tiempo y nunca se plantearon la separación como una alternativa válida. Todos subestimaron la propia insatisfacción y creyeron que podían vivir con la carencia a cuestas, supuestamente porque había otros puntos de acuerdo. En los tres casos, las parejas sabían cómo era el otro antes de casarse, y aun viendo la seriedad de las incompatibilidades, se embarcaron en la aventura del matrimonio. Finalmente, la comunicación dejaba mucho que desear. No sólo había temas prohibidos y autocensura, sino que se aparentaba lo contrario. La postergación y la ley del mínimo esfuerzo configuraban la táctica principal de supervivencia afectiva: "Es mejor evitar un problema que enfrentarlo".

¿Por qué nos equivocamos tanto al elegir esposa o esposo? ¿Por qué, si tenemos un problema de pareja, no lo enfrentamos?

Los estudios muestran que cerca del 50% de las parejas norteamericanas que se casaron en la década de los años noventa buscarán divorciarse. Esta proyección puede hacerse extensiva a muchas otras sociedades occidentales. En algunos países de la Unión Europea, los índices

de divorcio se han duplicado en los últimos cinco años. En Colombia, la generación nacida en 1960 tiene seis veces más probabilidad de divorciarse que la nacida en 1905, el 41% de las familias presentan un individuo separado y, en general, hay un 25% de personas que han roto su vínculo matrimonial.

No obstante y a pesar de las estadísticas, nos encanta contraer nupcias. Las consultas psicológicas y psiquiátricas están atiborradas de sujetos anhelantes de afecto. Si en principio la depresión no es otra cosa que desamor y pérdida, es apenas lógico que la defensa natural sea tener una buena relación.

En Estados Unidos, el 85% de las personas prefiere casarse (este indicador parece ser el mismo desde hace un siglo) y alrededor del 75% volvería a hacerlo. Los europeos son más cautos. Por ejemplo, sólo el 38% de los varones y el 27% de las mujeres divorciadas españolas volverían a contraer nupcias. Indudablemente, es más fácil casarse que separarse.

En la sociedad árabe preislámica, la ruptura era más fácil. Bastaba con declararse tres veces divorciado: "Me divorcio de ti, me divorcio de ti, me divorcio de ti", y sanseacabó. A la una, a las dos y a las tres. Es probable que más de una mujer se haya salvado a último momento, cuando el marido arrepentido no pasó de la segunda

afirmación. Sencillo y tajante. Los egipcios tampoco parecen tener problema. Si ella no se adapta rápidamente, la familia del esposo la devuelve a sus padres. Rápido, práctico y sin misericordia: “Por el desayuno ya sabemos cómo va a ser la comida”.

Para nosotros, la cuestión no es tan simple. El matrimonio adquiere un significado moral-sacramental y, por lo tanto, la disolución es vista como una falta grave. No se recomienda y ni siquiera se insinúa.

No estamos preparados para el fracaso y las dificultades matrimoniales. La fantasía que nos asiste es construir el prototipo de la familia Ingals, donde a mayores traumas y dificultades, más amor. Un tono rosado tiñe nuestras expectativas maritales. Los cursos prematrimoniales deberían tener un manual de primeros auxilios sobre “Qué hacer en caso de separación”. Debería haber “escuelas de padres” obligatorias para los que quieran tener hijos, y “escuela de potenciales divorciados” para todos los que decidan adentrarse en el matrimonio.

Una posición razonable podría ser: “Vamos a hacer todo lo posible para que esto funcione, nos comprometemos a ello. Estamos juntos porque nos amamos. Ahora bien, si nos separamos, definamos quién se quedará con los niños, cómo será el sustento, qué tipo de educación queremos para ellos, qué relación tendremos después,

qué comportamientos es bueno evitar, qué ejemplo nos gustaría transmitir...", y cosas por el estilo. Esto no significa ser pesimista sino precavido. Parecería que el único acuerdo prenupcial socialmente aceptado, referido al divorcio, es el que nos toca el bolsillo: la capitulación.

Cuando elegimos con quién compartir la vida, dejamos demasiadas cosas libradas al azar. Los noviazgos de antaño, tan estáticos, repetitivos y calentadores de sofá, impedían el verdadero conocimiento de los futuros consortes. El anecdotario está lleno de personas que después de contraer nupcias descubrieron que la pareja no era lo que parecía ser. Las sorpresas eran mayúsculas y las anulaciones frecuentes: "Me casé con un homosexual", "No tiene un peso, ni empleo", "Es ninfómana", "No le gusta hacer el amor", "No quiere hijos", "Es machista", "Es alcohólico", "Ronca por la noche", "Es derrochadora", "Es agresivo" o "Es insoportable". En realidad, los novios se desenvolvían en un mundo de apariencias. No había suficiente información.

En la moderna relación de noviazgo, aunque el desconocimiento no es tanto, el romanticismo parece haber desplazado a la razón. No importa cómo sea la persona que amamos, todo es subsanable si nos casamos. Al cubrirnos con el manto del amor matrimonial, todo se diluye y desaparece.

Quizá la mejor opción sea que la mente y el corazón hagan las paces. Dejar que la sensatez module el amor, sin perder el impulso, y hacer que la pasión se vuelva inteligente, sin olvidar la contagiosa “locura” que le es propia.

COMPRANDO AMOR Y ACEPTACIÓN

*Como soñando,
como desguarnecida,
la mujercita juega con fuego
en la cornisa
de la felicidad.*

CELIA FONTÁN

LA MUJER QUE SE VENDÍA AL MEJOR POSTOR AFECTIVO

Claudia era una mujer de 36 años que había desarrollado un esquema negativo de sí misma desde temprana edad. Más específicamente, un tratamiento a base de cortisona para el manejo de un asma infantil la había hecho engordar demasiado, afectando seriamente su autoimagen.

Se había casado a los 28 años con el novio de toda la vida, un joven profesional de buena familia, que la quería y respetaba. Al poco tiempo quedó embarazada y nació su único hijo. Casi de inmediato hizo una severa depresión posparto, que la llevó a recibir tratamiento psicológico y a replantear drásticamente su vida. Fue cuando decidió terminar su carrera de administración y, de una vez por todas, bajar de peso. Un ejército de mesoterapeutas, dietistas y cirujanos plásticos hicieron de las suyas: un milagro de la ciencia moderna.

De esta manera, la agobiante percepción de sentirse defectuosa fue cediendo paso a una mayor aceptación de su cuerpo: “No recuerdo cuándo ni cómo ocurrió, pero un día cualquiera me miré al espejo y no me vi tan

fea... Me gusté. Aunque mi cara no era perfecta, mis curvas estaban muy bien... Veinte kilos menos, unos pantalones ajustados y un buen escote cambiaron mi personalidad”.

El motivo de consulta era turbador: “Creo que soy ninfómana... En seis años de matrimonio he sido infiel catorce veces, sin contar las locuras de una noche... Me gusta llamar la atención... Los primeros dos años de casada fui fiel, pero después, cuando empecé a trabajar y a viajar, perdí totalmente el rumbo... Quiero portarme bien... No quiero seguir engañando a mi marido”.

Cuando la conducta que hay que modificar tiene su origen en esquemas negativos de larga data, y además está mantenida por el placer, “querer” no es “poder”. Se necesita la solución de lo que permanece oculto. En este caso concreto, la promiscuidad solamente era un síntoma de un problema aún no resuelto. Algunas personas siguen guardando una autoimagen corporal alterada, aunque la figura haya mejorado sustancialmente; como si el cerebro se negara a eliminar el autoesquema distorsionado. El lado consciente de Claudia percibía positivamente el nuevo *look*, pero el lado inconsciente actuaba como si necesitara más elementos para convencerse. Tal como ocurre con el fenómeno del miembro fantasma, cuando pese a la pérdida de la extremidad la mente

procesa la información como si la amputación no hubiera ocurrido.

Reproduzco a continuación una entrevista que resume la esencia del caso:

T (*Terapeuta*): ¿Qué buscas con tus aventuras?

CLAUDIA: Que los hombres pierdan el control por mí... Quiero sentirme deseada, gustadora, exitosa... Quiero que me amen.

T: ¿Crees que así es posible hallar el amor?

CLAUDIA: No sé... Quizá no sea exactamente amor sino aceptación, atención, atracción... No lo tengo claro.

T: ¿Sientes que tu marido te ama?

CLAUDIA: Sí, mucho... Pero no es suficiente... Es un hombre encantador, me quiere de verdad y estaría dispuesta a jurar que me es fiel... Pero no me basta, necesito más.

T: ¿Qué es lo que te hace falta?

CLAUDIA: Soy muy sensible a las palabras cariñosas, a las mentiras que me dicen los hombres... Me gusta creérmelas... Si me endulzan los oídos hacen de mí lo que quieran... Es como una droga, me emborracha, me pierdo... Saber que los inspiro me hace sentir segura.

T: ¿Y qué te gusta oír de los hombres?

CLAUDIA: Que soy espectacular, que les llamo la atención, que yo haría feliz a cualquier hombre, que soy genial...Y así...

T: Desear no es amar.

CLAUDIA: Es verdad, pero por algo se empieza... Además, cuando estoy en la cama con ellos, soy la que manda... Los doblego... Se me entregan y se rinden... Se vuelven débiles.

T: ¿Qué tipo de hombre te atrae?

CLAUDIA: Los famosos, los codiciados, los líderes, los pujantes, los jefes, en fin, los más solicitados... Ésos que nunca pude tener... En mi adolescencia me daba vergüenza ir a bailar porque nadie me sacaba... Deseaba un príncipe azul.

T: ¿Tu esposo no lo es?

CLAUDIA: (*Silencio*)

T: ¿Por qué no te separas?

CLAUDIA: Jamás lo dejaría... No podría vivir sin él... Incluso he pensado en tener otro niño.

T: ¿No te sientes mal siéndole infiel?

CLAUDIA: Me da culpa tardía... Es como si yo tuviera dos personalidades.

T: ¿Él no sospecha?

CLAUDIA: No sé... No, creo que no.

T: ¿Cuándo y cómo se acaban las relaciones con tus amantes? ¿Hay alguna secuencia especial?

CLAUDIA: Sí, sí... Cuando me empiezo a creer el cuento... A los dos o tres meses comienzo a enamorarme o algo parecido... Entonces los acoso, se asustan y se van... Es una mala táctica... Es la misma historia siempre.

T: ¿Te has enamorado de los catorce?

CLAUDIA: De todos, menos de uno... El más joven y el más buen mozo... No había energía en él.

T: ¿Y qué haces cuando se rompe el hechizo y se alejan? ¿Te desenamoras, te deprimes, cómo lo manejas?

CLAUDIA: Trato de buscar sustituto... Si no lo encuentro rápido, me acerco a mi marido y a mi hijo... Me regenero por un tiempo... Me apaciguo internamente... Me acerco a Dios.

T: ¿Qué peso tiene el sexo en todo esto? ¿No te apegas sexualmente?

CLAUDIA: Soy inorgásmica... Una vez fui donde un sexólogo y no me sirvió... Podría vivir sin sexo.

T: ¿Ya te has acostumbrado a ser infiel? Veo que hablas con mucha tranquilidad del tema.

CLAUDIA: No creo que uno se acostumbre... La voz de la consciencia no deja... Sin embargo, debo reconocer que hay cierto deleite en ser promiscua... Cada nueva aventura es como si me recargaran las baterías... Me siento más joven, la vida adquiere sentido y me veo más linda.

T: ¿Realmente crees que tus conquistas te hacen más valiosa?

CLAUDIA: Pues, mis “acciones” suben... Mi ego se infla... Para mí es muy importante... Es como pasar un examen, ¿me entiende?

T: ¿No te sientes utilizada?

CLAUDIA: Un poco... Es de parte y parte... Gajes del oficio... Caramba, dije oficio ¿no?

Claudia estaba atrapada en una ambivalencia: era evidente. Su mente saltaba de un extremo al otro y su estado de ánimo también. Como la versión femenina del Dr. Jekyll y el señor Hyde, en ella habitaban la “buena” y la “mala”, la santa y la fácil.

¿Por qué no era suficiente la aprobación y la aceptación de su marido, si ella decía amarlo? Para Claudia, la opinión de su esposo estaba contaminada por el afecto: “Él me ve con los ojos del enamorado”. El testimonio del cónyuge estaba sesgado y por lo tanto perdía validez. El verdadero reto estaba afuera, con los más bellos y codiciados, con los difíciles, con los que no la amaban. Y cuanto más competencia femenina existiera, mayor sería la victoria.

Tal como sostienen algunos autores, las relaciones hombre-mujer pueden concebirse como una manera de intercambiar reforzadores. En realidad, hay mucho de cierto en esta afirmación. En el interior de cada vínculo hay un trueque implícito o explícito que determina el tipo de satisfacción brindado y adquirido: “Yo te doy y tú me das”. Claudia había descubierto el lado flaco masculino y la forma de llegar a ellos. Es probable que sus amantes hicieran lo mismo con su necesidad de aceptación. El negocio estaba hecho: sexo/gozo por romanticismo e interés transitorio. El cuerpo, a cambio de bellas palabras y algo de cariño.

Pero mientras el deseo masculino moría con cada orgasmo y volvía a nacer cuando la testosterona se activaba, la atracción inicial que Claudia sentía por sus pretendientes no seguía la misma curva. Por el contrario, a

medida que transcurría el tiempo, su sentimiento iba en ascenso hasta transformarse en amor romántico. El conquistador se habituaba y ella se encariñaba.

En la mayoría de los varones que tienen sexo sin amor, la eyaculación viene acompañada de un efecto de rebote. La atracción incontenible, que un rato antes cegaba su mente y alertaba sus genitales, se convierte de repente en desaliento y profundo fastidio. El imán se invierte y el sujeto sale despedido como alma que lleva el diablo. Sin embargo, para la gran mayoría de las mujeres es justamente ahí donde comienza la función: "Ya que se colmó el apetito, veamos quiénes somos en realidad".

Claudia no era ajena a esta falta de concordancia. Los tristes finales le enseñaban que era más deseable que querible. Curiosamente, cada conquista terminaba por corroborar lo que en verdad quería negar. La intención de desquitarse y compensar los viejos fracasos hacía que, inevitablemente, los volviera a ratificar. El resultado era una mente debilitada y anclada en los pormenores de una historia que hubiese sido mejor olvidar.

Claudia sólo fue capaz de renunciar a su compulsión cuando aprendió a valorarse a sí misma, más allá de su cuerpo, de las conquistas y de los evaluadores externos. Cuando comprendió que la apetencia afectiva desmedida lleva a la insatisfacción, la infidelidad perdió funcionalidad.

Con la ayuda de un terapeuta sexual logró redimensionar su sexualidad, aprendiendo a disfrutarla y eliminando el significado mercantilista que ella le había otorgado. Hay cosas que no se pueden comprar ni vender.

Para tener en cuenta

Una buena autoestima nos hace inmunes a muchas enfermedades de la mente, mejora la autoeficacia y disminuye la probabilidad de ser infiel. No hay nada mágico en esto. Simplemente el filtro de las o los posibles candidatas se estrecha de manera considerable. Y no me estoy refiriendo al narcisismo o a la pedantería del que excluye a los demás porque son menos, sino al autorrespeto que acompaña a los que se sienten valiosos.

Las personas que no se quieren a sí mismas son altamente vulnerables a la seducción. El halago las embelesa, y tarde que temprano sucumben a la tentación de sentirse amadas. Si pienso que soy feo, poco interesante y nada atractivo, y pese a lo anterior alguien se fija en mí, sentiré una mezcla de alegría, incredulidad y agradecimiento (sobre todo esto último). Aceptar la invitación o la insinuación pasa a ser un acto de cortesía: “Gracias por fijarte en mí”.

El que se quiere a sí mismo se “crece”, se vuelve escurridizo, difícil, exigente y un poco antipático, obvia-

mente todo en un buen sentido. Elige bien y jamás se entrega al mejor postor, porque sencillamente no está en venta. La decisión de estar con otros no ocurre por defecto o tratando de obtener algún valor agregado, sino porque es un acto pensado, además de sentido. Es la convicción de que *este* ser humano en particular, y no otro, me merece.

La conclusión es evidente: si pongo la felicidad afuera y me ofrezco como un producto consumible, mi mundo interior entrará automáticamente en decadencia. Además, y apelando a una cuestión eminentemente práctica, la pugna femenina por la conquista del varón es altamente peligrosa para la autoestima de las implicadas, porque tal como decía la duquesa de Windsor: “Nunca una mujer es demasiado rica ni demasiado delgada”.

LOS ASUNTOS INCONCLUSOS: EL REGRESO DEL PRIMER AMOR

*La época en que mejor amamos
es aquélla en que todavía pensamos
que somos los únicos amadores
y que nadie ha amado
ni amará nunca tanto.*

GOETHE

EL HOMBRE QUE QUISO RESUCITAR EL PRIMER AMOR

Eduardo estaba asistiendo a terapia debido a un problema de habilidades sociales. A veces le costaba decir “no”, y esto hacía que el jefe y algunos avispados subalternos se aprovecharan de su falta de asertividad y lo sobrecargaran de trabajo.

Un día cualquiera, el motivo de consulta cambió de rumbo: “No le había contado antes porque pensé que iba a ser capaz de manejarlo solo, pero estoy metido en un problema demasiado complicado y no sé qué hacer... Tengo una amiga... Pero no es cualquier amiga... Ella fue mi novia de toda la vida... Volvió a aparecer ahora... El asunto se me salió de las manos... La estoy viendo desde hace unos meses... Quiero que me ayude”.

Debo reconocer que la noticia me sorprendió. Eduardo no era el típico mujeriego ni tampoco el hombre inmaduro o afectivamente inestable que suele enredarse con facilidad. Se había casado hacía tres años, estaba esperando a su primer hijo y tenía un proyecto de vida bien organizado. Aunque no se conocen las causas con certeza, en algunos varones el embarazo de la pareja puede

producir un incremento notable de la infidelidad, pero éste no era el caso. Él quería a su esposa y estaba bien con ella.

Se había encontrado con su ex novia en un supermercado después de cuatro años de no verla. Cristina era una mujer bellísima, alegre y muy desenvuelta. Cuando la vio sintió que una descarga eléctrica lo atravesaba de lado a lado. La boca se le secó instantáneamente y la lengua se le trabó. Este ataque de epilepsia amoroso quedó plasmado exteriormente en un gesto de extrañeza cercano a la estupidez. Ella lo manejó con más elegancia. Lo abrazó, le dio un beso en la mejilla y soltó el obligado y halagador: “Estás igualito... No has cambiado nada”. Él, con la escasa saliva que le quedaba, se limitó a responder en eco: “Estás igualita... No has cambiado nada”. Casi de inmediato, en milésimas de segundo su mente recapituló seis años de noviazgo. Como una moviola fuera de control, las imágenes se acumularon desordenadamente mientras la taquicardia iba en ascenso. Parecía que se estaba muriendo. Pensó: “La misma sonrisa pícaro, el mismo brillo en la mirada, la misma voz”. La sensación fue la de tener una revelación.

Habían sido novios desde los dieciséis hasta los veintitrés, hasta cuando Eduardo se fue a estudiar inglés a los Estados Unidos. Entonces ella conoció a otro mucha-

cho, se enamoró intensamente y abandonó a Eduardo de la manera más inadecuada: por teléfono. Él se montó en un avión y regresó a reconquistar el amor perdido. Cristina dudó, no sabía qué hacer, dejó a uno, volvió con el otro, se arrepintió, hizo intentos, en fin, se embrolló de tal manera que finalmente decidió casarse con su nuevo amor. A los siete meses contrajo nupcias con el desconocido y se fue a vivir fuera del país. El día de la boda, Eduardo asistió a la ceremonia, se paró en la puerta de la iglesia y cuando ella dio el “sí”, se retiró definitivamente. A partir de ese momento deambuló de un lugar a otro tratando de matar la pena. Por fortuna, rápidamente conoció a su actual mujer, la que limpió y sanó cada una de las heridas dejadas por la temible Cristina. Este amor no era tan intenso como aquél, pero lo hacía crecer, le daba paz y una tranquilidad especial difícil de reemplazar.

No podía salir de su asombro. Verla otra vez fue un revolcón para la memoria. Ya más tranquilos, hicieron el mercado a un lado y se preguntaron por las respectivas vidas, hijos, cónyuges, padres, madres y amigos en común. Intercambiaron teléfonos, direcciones y, claro está, el e-mail (el increíble, encantador y emocionante correo privado donde uno puede hablar cara a cara sin ser visto). De esta manera, se dio inicio a una fluida y fruc-

tífera comunicación. Comentarios, chismes y relatos interminables: “¿Te acuerdas de esto?”, “¿Recuerdas aquello?” Risas, remembranzas y tristezas pasajeras mal disimuladas.

Cristina le comentó un día: “Mi marido es un buen hombre, pero...” Eduardo no dijo nada, pero pensó, pensó y pensó. No podía dejar de pensar. En cámara lenta revisaba su historia afectiva.

EDUARDO: Estoy confundido, doctor... Ella volvió a despertar en mí algo que yo creía terminado.

T (*Terapeuta*): Es comprensible. El primer amor no es fácil de olvidar. Es el debut afectivo y sexual... No es cualquier experiencia.

EDUARDO: Ésa es una de las cosas que más me mortifican... Nunca hice el amor con ella... Nunca lo hicimos, pese a lo que sentíamos... Nos acercamos, pero jamás pude hacerla mía.

T: ¿Y entonces?

EDUARDO: No sé, creo que me lo merezco... Yo estuve ahí todo el tiempo, en las buenas y en las malas... Fui fiel... Creo que tengo el derecho de ser su amante... Me lo gané.

T: ¿Ella que opina?

EDUARDO: Dice que me ama...

T: ¿Y tú?

EDUARDO: Creo que también... Pero pienso que además hay mucho deseo y algo de orgullo masculino... Estoy confundido... A veces creo que he estado engañándome a mí mismo todo el tiempo... Yo pensaba que me había casado enamorado... Ya dudo.

T: ¿Cómo va el matrimonio de Cristina?

EDUARDO: Ella no está contenta... Quiere que sigamos adelante... Incluso habla de separación.

T: ¿Y tú que quieres hacer?

EDUARDO: No lo tengo claro... Siento que ella forma parte de mí... No sé cómo explicarlo, hay algo que me empuja a estar allí, como si ése fuera mi lugar... La vida nos está dando otra oportunidad... Nos equivocamos una vez, pero todavía podemos enmendar las cosas.

T: ¿Y tu mujer?

EDUARDO: Creo que debo hablar con ella... Me siento mal siéndole infiel.

T: ¿Ya has estado sexualmente con Cristina?

EDUARDO: No... Nos hemos acariciado y besado, pero solamente han sido aproximaciones...

No había mucho que hacer. Eduardo estaba invadido por Cristina. Consecuente con lo que sentía, decidió irse de la casa por un tiempo e intentar experimentar a fondo su “reencarnación amorosa”. Estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo. Y arrancaron.

La sorpresa fue enorme y desconcertante. Un fin de semana juntos, con sus respectivas noches y amaneceres, fue suficiente para que Eduardo entrara en crisis. A pesar del ímpetu y las ganas, la realidad se hizo evidente: ya no eran los mismos. Antes del mes, Eduardo estaba de vuelta, disfrutando del matrimonio y hablándole al abdomen de su señora.

EDUARDO: No sé qué pasó... Fue como despertar... Todo en ella era distinto y ajeno a mí... Sus gustos, la manera de pensar, sus metas... No era la Cristina que yo conocía.

T: ¿Qué pasó con el derecho a la sexualidad del que habías hablado?

EDUARDO: No me gustó su desnudez... No disfruté... No la pude sentir mía... No fue ni bueno ni malo, más bien insípido... Creo que uno se acostumbra a la fisiología de la pareja.

T: ¿Cómo te sientes ahora?

EDUARDO: Arrepentido, liviano, libre.

T: ¿Y qué hay de Cristina?

EDUARDO: Me sigue llamando, pero ya aprendí a decir “no”.

Para tener en cuenta

Como si hubiese quedado inconcluso, hay un momento de la vida donde aquel lejano amor adquiere especial significación. Cuando estamos mal con la pareja, nos sentimos solos o somos víctimas de la enemistad, la memoria se revuelca y el primer amor surge desde las cenizas con una fuerza inusitada. Es entonces cuando la nostalgia nos cuestiona por qué estamos acá, en vez de estar allá. En la oscuridad de la habitación, cara a cara con la almohada y en el más vergonzoso atrevimiento, nos permitimos pensar en lo que podría haber sido y no fue. Entonces magnificamos, agrandamos y adornamos aquellos años locos. Resaltamos la hidalguía de aquel espléndido príncipe azul, o la bondad de esa singular e irrepetible “amada amante”.

Hace unos años me encontré con la novia de mi juventud. La original, la fiel, la que inauguró mi corazón y lo mantuvo atado por más de cinco años. El impacto fue tan grande que no pude recuperarme sino después de un rato. El descubrimiento fue aterrador:

¡estaba más vieja! Parecía una señora, o peor aún, *era* una señora.

Intercambiamos unas palabras y algunas miradas incómodas. Yo creo que ella me vio gordo, canoso y todo un señor. Me di cuenta de que la imagen que tenía de ella estaba totalmente momificada, en formol. La memoria había conservado tal cual la representación original de aquella hermosa muchachita de los años sesenta. Desgraciada o afortunadamente, la fantasía hizo ¡plop!, o mejor, ¡crack!, y se desvaneció en un instante. Nos despedimos con el adiós del desencanto, un dejo de desconsuelo y el alivio de cerrar el archivo de una vez por todas. Como quien dice: lo pasado, pisado; pero en realidad, lo que desaparecía no era sólo la ilusión, sino un santuario que construí silenciosa y pacientemente durante gran parte de mi vida. Mi leyenda privada, la autobiografía de mis sueños.

La mente puede momificar psicológicamente a una persona, detener el reloj y mantenerla invariable, o alterar positivamente su recuerdo y embellecerlo. En ambos procesos la información almacenada se altera para salvaguardar lo bueno. En el primero, nada cambia (el atributo no envejece y se hace imborrable, eterno); en el segundo, el recuerdo se retoca tanto que ya no es el mismo (se glorifica).

Todos sabemos que permanecer anclado a la historia afectiva y negarse a elaborar el duelo no es sano. Pero en más de un ocasión, el cerebro, auspiciado por el corazón, se empecina en mantener vivo lo que ya expiró. En ciertos casos, la necesidad de preservar al ser amado puede aproximarse a una curiosa forma de “necrofilia amorosa” francamente alucinante. Quizás el más reconocido y difundido sea el de Pedro I, quien desenterró el cadáver de su segunda esposa, Inés, después de doce años de muerta, la vistió de reina y la sentó a su lado en el trono para que los súbditos le hicieran la corte. En otro renombrado caso, según cuentan los cronistas, Juana la Loca cargó un ataúd con el cadáver embalsamado de Felipe (ya no tan hermoso) por años, el cual abría de vez en cuando para besarle los pies. No debemos olvidar las peripecias y los trasteos del cuerpo disecado de Eva Perón, y el culto político-afectivo que suscitó el mismo.

Nos gusta canonizar los grandes amores. Sentimos que son irremplazables. Queremos retenerlos o recuperarlos, no importa el costo. No solamente anhelamos el amor incondicional, sino que lo exigimos. Ensalzamos los actos de sumisión afectiva como ejemplos a seguir, y promocionamos a los personajes que los ejecutan. Los modelos de “sensatez” y moderación obsecuente llaman

nuestra atención. Nos fascinan los que sufren y se laceran en nombre del amor.

Y es precisamente ahí, en ese oscuro recoveco de autodestrucción y sacrificio “altruista”, donde ubicamos el mito del primer amor: impertérrito, perfecto y sin una mancha. Una apología sensiblera que puede hacer tambalear la más firme y enconada fidelidad.

Cuando trasladamos mecánicamente los amores pasados sin considerar las circunstancias actuales en las cuales nos movemos, somos injustos con nuestro presente afectivo. Si no evolucionamos con los hechos y no actualizamos la memoria afectiva (episódica), ninguna relación pasará el examen.

NUNCA ES TARDE PARA SER INFIEL

*Todavía tengo casi todos los dientes,
casi todos mis cabellos y poquísimas canas.*

*Puedo hacer y deshacer el amor,
trepar una escalera de dos en dos
y correr cuarenta metros detrás del ómnibus,
o sea que no debería sentirme viejo.
Pero el grave problema es que antes
no me fijaba en estos detalles.*

MARIO BENEDETTI

“EL DEMONIO DEL MEDIODÍA” Y “EL SÍNDROME DEL NIDO VACÍO”

Dicen que los años no pasan en vano. Sin embargo, para ciertas personas pareciera que sí. Miran hacia atrás y no ven nada significativo. La sensación es que algo quedó en el tintero: “Podría haber sido mejor”, “Me faltó tener emociones fuertes”, “Me hubiera gustado tener otra profesión”, “Fui cobarde”, “Tuve muy pocas aventuras” o “Me faltó tener más relaciones sexuales”. En general, nos inclinamos a pensar, como decía Borges, que si volviéramos a nacer, haríamos muchas más cosas de las que hicimos y modificaríamos gran parte de nuestra biografía.

Es probable que estemos frente a una variedad de insatisfacción existencial colectiva, la vacuidad de la que hablaba Viktor Frankl, o que simplemente se trate de una exacerbación del principio del placer. Como sea, hay una duda metódica clavada en el trasfondo de nuestro ser, que algunas veces comienza a martirizarnos.

Los psicólogos sostienen que con el aumento del promedio de vida, los cincuenta son el punto G del descontento. Rondando esta edad, un travieso duende azuza,

incluso a los más juiciosos, a salirse de los límites. La mente pierde autoridad y el cuerpo se independiza peligrosamente, sobre todo de la cintura para abajo. Para ciertos individuos es delicioso y emocionante; para otros, un oprobio en el historial de la buena compostura.

Natalia y Rubén fueron una pareja de libro. Fieles a sus convicciones, trabajaron juntos para levantar una familia. Criaron tres hijos de manera ejemplar y alimentaron en ellos el amor por la vida y los valores. No dieron de qué hablar y fueron respetuosos de las normas.

La estructura básica de la relación había girado alrededor de los niños y los compromisos sociales. En apariencia, la vida hogareña se desenvolvía en una calma y estabilidad envidiables. Él era un trabajador incansable y ella, la mejor ama de casa. La división del trabajo que no les gusta a las feministas ni a los promotores de la liberación masculina, pero que ha dado resultado en la gran mayoría de los matrimonios. Todo era predecible, manejable y aceptable.

Sin embargo, más allá de esta serenidad afectiva, algo estaba mal. En el amor, la coexistencia pacífica y reglamentada puede resultar tan estimulante como un domingo de siesta. Una apatía compartida los había alejado de aquella vibrante emoción de los primeros años de casados. Los dos habían sido efusivos, extrovertidos e im-

petuosos, especialmente en lo sexual. En aquella memorable época, Rubén no daba abasto y Natalia no se quedaba atrás. Sin lugar a dudas, la pasaron muy bien.

Sin embargo, como ocurre en muchas parejas de casados, la costumbre mató al asombro. De la fogosidad atrevida de él no quedaba casi nada, y del erotismo de ella ni sombra. De tanto en tanto, bajo los efectos del licor y el influjo de la luna llena, dejaban de bostezar y sus pasiones se encontraban como en los buenos tiempos.

En la comunicación interpersonal funcionaba el mismo principio de excitación esporádica. Había unos pocos días al año en que hablaban hasta por los codos y el furor de la conversación se apoderaba de ellos como antes, pero rápidamente el ímpetu decrecía y retornaban a la acostumbrada reserva: el punto muerto, el aguante taciturno del que ya no aspira a nada.

La situación se agravó con el casamiento del último de los hijos. El impacto se sintió de inmediato. Cada cual tomó por su lado, pero viviendo bajo el mismo techo y durmiendo en la misma cama.

Libre de apariencias, Rubén decidió trabajar menos, jugar golf, salir con sus amigos y volver a retomar al hombre que había sido. Empezó a levantar pesas, renovó

su vestuario, adelgazó y se tiñó el bigote. Extrañado, notó que las mujeres lo miraban más, especialmente las jóvenes, y podía coquetearles sin tanto recato. En treinta años de casado solamente había tenido una o dos aventuras intrascendentes y de corta duración. Un pensamiento había empezado a calar y sacudir sus paradigmas de “hombre feliz”: “Tengo cincuenta y tres años y me he portado toda la vida como un santo. He sido un papá responsable y un muy buen esposo. Creo que llegó la hora de pensar en mí... Podría morirme mañana...” El permiso estaba dado: *el demonio del mediodía había hecho su aparición.*

Quería volver a sentir el poder y la emoción de la conquista. Necesitaba perder el norte y enredarse con alguien que lo hiciera rejuvenecer. Extrañaba la “fiebre del sábado en la noche”, sentarse en el bar de moda, emborracharse con algún amigo hasta el amanecer, ir al casino, ver un *striptease*, jugar póquer, en fin, andar de un lugar a otro dejando que la libido y el capricho eligieran por él.

Libre de toda obligación maternal, Natalia sintió que tenía alas. Decidió poner todo en manos de la muchacha de servicio y dedicarse a lo que quería. Volvió a salir con la amigas y a explorar un mundo que se había negado a conocer. Comenzó a caminar todas las mañanas, renovó su vestuario para hacerlo más cómodo (y, por

qué no, un poco más sexy) , tomó clases de tango, bajó de peso y cambió su peinado (se hizo rayitos). Extrañada, notó que los hombres la miraban de una manera maliciosa (aún era muy bella) y no le disgustaba en lo absoluto. Jamás había tenido una aventura, ni estado sexualmente con otro que no fuera su marido. Un pensamiento cada vez más pertinaz atacó y removió sus paradigmas de “mujer feliz”: “Tengo cincuenta años y me he portado toda la vida como una santa. He sido un mamá responsable y una muy buena esposa. Creo que llegó la hora de pensar en mí... Podría morirme mañana...” El permiso estaba dado: *el síndrome del nido vacío había comenzado a funcionar.*

Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en los casos donde la mujer descubre que está afectivamente sola, Natalia conocía de antemano la pobreza del vínculo y estaba preparada. Más aún, podría decirse que había esperado el momento. A diferencia de Rubén, ella no pretendía volver a la lejana adolescencia ni ponerse a prueba, sino sentirse libre y curiosear. Le interesaba el futuro. Deseaba tener una nueva experiencia afectiva. No muchas, sino una. Quería sentir un beso inédito, el abrazo desconocido, tocar un rostro distinto y establecer un vínculo, pero no de enamoramiento (¡qué estorbo!) sino de amigo cariñoso. No estaba buscando el prototi-

po del amante, sino un compañero especial con quien pudiera salir del tedio y compartir algunas cursilerías, como ver un amanecer, comer helado, tomar un café de noche y averiguar cómo era un motel por dentro.

Al poco tiempo, cada uno tenía amante. La de Rubén era una morena despampanante de treinta y dos años, con abundante silicona y un novio permisivo. El de Natalia, un asistente a las clases de baile, separado, siete años menor y dispuesto a todo, incluso a ser cursi.

Ambos siguen en sus enredos. Él tiene una pelirroja en perspectiva, y ella sigue fiel a su amigo, al menos por el momento. A veces, cuando hace frío o llueve, Natalia y Rubén amanecen abrazados, y un dejo de ternura parece conectarlos por un instante, pero de inmediato, cuando toman consciencia, cada cual da la espalda y regresan al desamor.

Para tener en cuenta

La relación mencionada funciona sobre la base de tres arreglos implícitos: (a) “Continuemos viviendo en lo cotidiano, en lo operativo (dormir, comer, ir al médico), pero mantengamos alejada cualquier manifestación de afecto”, (b) “Cada cual hace lo que quiere y no se habla al respecto” y, (c) “Tengamos relaciones paralelas con dis-

creción, de tal manera que no sean desfachatadas u ofensivas para nadie”.

¿Qué pasaría si alguno de ellos viera al otro en plenos arrumacos con su amante de turno? ¿Cuál sería la reacción si alguno confesara los detalles íntimos de su aventura? ¿Realmente son tan independientes e indoloros como aparentan? Probablemente no. Un análisis más minucioso de la relación mostraría que todavía quedan puntos de unión. El alejamiento no es tan radical, no hay agresión, el sexo está vigente y una forma de afecto no identificable se resiste a desaparecer. Quizá sea la razón por la cual prefieran no enterarse de las andanzas del otro. *Ver* el engaño no es lo mismo que imaginárselo. Si la mujer o el marido están involucrados, es mejor dejar el “voyerismo” a un lado.

Según cuentan, Voltaire sorprendió a su enamorada, Émilie de Châtelet, en pleno ajetreo con un joven aristócrata. Luego de una fuerte discusión y un desafío a duelo frustrado, llegaron a un acuerdo digno de la mejor inteligencia emocional (en realidad, el abatido Voltaire no tenía otra opción):

ELLA: Todavía lo amo... pero ha de admitir que pasó mucho tiempo desde la última vez que pudo. No quiero que se muera, nadie está más interesado en su

salud que yo. Por otra parte, también tengo que tenerme en cuenta a mí misma. Si usted no puede hacer ya nada por mí, no es tan razonable que se enoje tanto cuando encuentro uno de sus amigos que puede.

VOLTAIRE (*riendo*): Ah, madame, por supuesto que está en su derecho. Pero debiera manejar estas cosas de modo que no sucedan ante mis ojos.

Víctima de la impotencia sexual, Voltaire llevaba algunos años sin hacer el amor con ella. Como no tenía la suficiente autoridad para exigirle abstinencia a la marquesa, optó por la salida más elegante: el humor realista. Los budistas dicen que en situaciones límite, cuando ya nada puede hacerse, es mejor reírse y burlarse de uno mismo.

En un sentido similar, pero más dramático y apegado, Ovidio expresa: "Sólo te falta perpetrar tu delito delante de mis ojos. Si no te importa tu buen nombre, por lo menos respétame a mí. Se me va la cabeza y muero cada vez que confiesas que me has sido infiel, y fluye por mis venas una gota helada. Entonces te amo, entonces te odio, pero en vano, porque necesito amarte".

Una pareja donde ambos son infieles y deciden ocultar sus respectivas aventuras, es el sueño de cualquier

amante. Nadie habla, nadie pregunta y nadie se arriesga más allá de lo imprescindible. El pacto es claro: "No quieres que te pille, ni quiero ser pillado", el balance es casi perfecto. No mires que no miraré, no muevas nada, no investigues y estarás en el nirvana del adulterio compartido.

Sin embargo, como lo muestra la experiencia, las infidelidades compartidas son demoledoras. Es como conectar dos bombas con el mismo cable. La doble mentira no es decencia, sino complicidad encubierta. Si verdaderamente hay un acuerdo de libertad y no de exclusividad, no habría nada que ocultar.

Si lo que se quiere es un matrimonio por conveniencia (lo cual no es fácil de alcanzar), el contrato debe quedar tan claro como el sentimiento que lo sustenta: no puede haber letra menuda. La sinceridad debe ser tajante, casi desalmada. Los buenos arreglos y las rupturas saludables siempre deben ser explícitos, directos y transparentes. Hablar, raspar el fondo, sacudir los rencores, revisar palmo a palmo los errores, sacar a flote los sentimientos, en fin, comunicarse decentemente aunque sea mortificante.

Montarse en el ciclo vital y circular con él es un signo de madurez y paz interior. No digo que no podamos darnos gusto, disfrazarnos de jóvenes de vez en cuando

y saltar como un canguro en la discoteca de moda; lo que afirmo es que la autoaceptación es tan importante como la recapitulación. Hay un punto medio difícil de definir y precisar. Un sitio donde somos lo que somos sin perder el encanto de llegar a ser. Ahí debemos permanecer. Cuando el péndulo se tranquiliza y las ansias se apaciguan, el tiempo real nos enseña lo evidente: la mejor edad es la que tenemos. Ni un segundo más, ni un segundo menos.

EPÍLOGO

¿ES POSIBLE SER FIEL?

El hecho de que seamos infieles por naturaleza no significa que tengamos que resignarnos al determinismo biológico. Si en verdad queremos hacerlo, poseemos el poder de trascender lo primario.

Muchos religiosos logran sublimar la sexualidad y matar el deseo. Otros defienden sus ideales hasta la muerte y son honestos por naturaleza (no me imagino a Mandela siendo infiel). Los humanos podemos escapar al inmediatismo posmoderno. Conozco gente, hombres y mujeres comunes y corrientes, que no han tenido aventuras en más de veinte años de casados. Las estadísticas dan un margen de seguridad: el 40% supera el examen.

¿Qué atributo poseen estos individuos que no caen, a pesar de las tentaciones y los cantos de sirena? ¿Cuál es

la virtud que los mantiene dentro del ámbito de la lealtad? ¿De dónde sacan tanto valor, o es que no lo necesitan? ¿Qué tienen de particular? La respuesta puede ser decepcionante para los “amantes” del romanticismo: no poseen nada de especial. No son faquires o ascetas entrenados en algún suburbio masoquista de la India, ni son eunucos. Aunque hay estilos personales y habilidades únicas, estos extraños ejemplares de fidelidad poseen un factor común: *permanecen en alerta roja*. No son esencialmente inconquistables, sino que han aprendido el complejo arte de esquivar y capotear la atracción inconveniente. Tampoco son santos o promotores de la incontinencia. Son buenos jugadores. Gambeteadores profesionales. Se acercan a la hoguera, pero no meten la mano.

Esto no significa que el amor no importe; la vigilancia constante resulta extenuante o imposible para alguien que no esté enamorado. Lo que sostengo es que no es suficiente per se. El afecto cumple un papel motivador: mantiene el motor prendido, justifica el autocontrol y lo hace más llevadero. Incluso si el amor que sentimos por la pareja es desbordante y arrebatador, el esfuerzo se hace imperceptible: es mucho más fácil ser fiel. Como decía Krishnamurti: “El amor conlleva su propia disciplina”. Es evidente, al menos en sujetos normales, que a más

amor menos defensa. La lealtad florece por sí sola si la tierra está abonada.

Pero ocurre que el amor real fluctúa, decae, sube, se enrosca, crece y explota: nunca está quieto. No digo que sea totalmente impredecible, sino que el afecto interpersonal es móvil por naturaleza. Aunque no lo notemos, se desplaza, se escurre, es cambiante y testarudo. Dejar al amor terrenal librado a la estabilidad de la pareja es una locura. Los convenios y compromisos que la mente, la religión o cualquier otra ideología establezcan, necesitan de otros ingredientes. Es mejor confiar en uno mismo que en el amor.

Proteger la relación mediante atención despierta no significa ser obsesivo o hacer un trastorno delirante celotípico, sino desarrollar una actitud previsor. Cuando ya estamos con el amante hasta el cuello, es más fácil sacar un apéndice sin anestesia que eliminar la pasión. No llegamos a la fidelidad dejando de ser infieles, sino fortaleciendo los aspectos que nos mantienen unidos a la pareja: *los factores de protección*.

A lo largo de estas páginas he citado algunas vulnerabilidades psicológicas, biológicas y afectivas que predisponen a tener aventuras y/o amantes. Si algún lector se propusiera, valientemente, no repetir ninguna de las historias contadas, es indudable que disminuirían las pro-

babilidades de caer, pero no más. No hay vacunas, no hay antídotos.

En cada uno de los relatos señalados aparece una debilidad específica que la caracteriza. No obstante, un examen más detallado mostraría que estas diferencias no son totalmente excluyentes, sino de énfasis. La infidelidad es un problema multivariable y las causas se traslapan unas con otras. Podemos haber recibido un mal ejemplo, estar mal casados, carecer de autocontrol, poseer una autoestima pobre y tropezarnos con el primer amor; todo al mismo tiempo.

Como sea, y con fines meramente didácticos, podríamos resumir el núcleo central que en cada caso precipitó la infidelidad, de la siguiente forma:

1. Sobrestimar el amor y creerse invulnerable (**atención dormida**).
2. Creer que existe la persona ideal que se acomode exactamente a nuestras necesidades (**búsqueda perfeccionista**).
3. Utilizar la venganza como una forma de retaliación e intentar salvar equivocadamente la dignidad personal mediante el revanchismo y la reparación tardía (**personalidad inmadura y poca inteligencia emocional**).

4. Tener una herencia biológica de infidelidad y/o una educación complaciente y tolerante con el engaño afectivo (**determinación genética y mal ejemplo**).
5. Ser incapaz de afrontar adecuadamente un problema de pareja y creer que la infidelidad es una opción válida para sostener un mal matrimonio (**malas estrategias de resolución de problemas; por ejemplo, evitación, negación o distanciamiento**).
6. Pensar que la promiscuidad y la seducción son una manera aceptable de mejorar la propia autoestima (**prostitución afectiva**).
7. Sentir que en el pasado afectivo quedó alguna relación inacabada, y por lo tanto debe completarse, o idealizar tanto el primer amor que nadie alcanza la medida (**momificación afectiva**).
8. No estar psicológica y afectivamente preparado para cuando los hijos se vayan o cuando se llegue a determinada edad (**desajuste en los ciclos vitales**).

¿Es posible ser fiel? En las buenas parejas no cabe la infidelidad. No hay traición sino transparencia. Las relaciones que practican una fidelidad sana (es decir, no basada en el miedo, la obligación irracional o el sacrificio

irresponsable) poseen la capacidad de flexibilizar el vínculo para adaptarse mejor a lo inesperado. Tienen claro qué es negociable y qué no lo es. Antes de ser infieles prefieren ser honestos y revisar el acuerdo afectivo en el que están. Jamás lastimarían intencionalmente a la persona que aman, y si en alguna discusión trivial se les va la mano, reconocen el error.

Una pareja que ha hecho de la fidelidad un motivo de goce, no se siente orgullosa ni se vanagloria de cumplir el compromiso asumido, como nadie se ufanaría de amar a un hijo. La convicción está tan arraigada que no es una obligación ni una carga, sino una forma de vida.

A estas parejas casi siempre se les ve bien. Y no es que se engañen a sí mismas o traten de aparentar, sino que están satisfechas; no están resignadas, sino contentas de estar con quien están.

Los que están enamorados y además son fieles casi nunca se aburren, porque no dejan que la chispa de la creatividad y la pasión se apague. Pueden conversar por horas, hacer el amor hasta desfallecer o jugar cartas. No importa el rubro, siempre hay un menú abierto y disponible.

Las parejas que no le apuestan a la mentira tienen la extraña costumbre de pensar antes de actuar. Saben que

ante un riesgo potencial hay que poner el freno y dejar que la mente intervenga para enfriar el impulso. Conocen muy bien sus debilidades y por eso no las exponen.

Los que quieren ser fieles de corazón, mezclan amor, convicción y compromiso en proporciones alarmantes, pero sin alimentar quimeras. Son realistas de línea dura y blandengues de corazón: una combinación digna de respetar y deliciosa de practicar.

Mientras tanto, la otra mitad del mundo ejecuta el complejo ritual de fingir y engañar sin ser vistos. El ceremonial de los que ya no soportan el tedio y deciden jugar con fuego. Algunos logran su cometido, muchos otros se queman.